

barbujillo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 6
Abril 2020
ROSARIO \$290



9 772618 528009



LAS CARTAS INÉDITAS ENTRE EL ESCRITOR
OSVALDO SORIANO Y UN MATRIMONIO ROSARINO

RETRATO: GATO BARBIERIPORHORACIOVARGAS. **CRÓNICAS:** LAHUELLADELACHE/AMARGO OBRERO. **ENTREVISTA:** EUGENIA CRAVIOTTO CARAFA (CANTANTE DE MAMITA PEYOTE) **ESCRIBEN:** MIGUELROIG, ADRIÁNABONIZIO, DIEGOGIORDANOYEUGENIOPREVIGLIANO



Trabajando juntos
por el futuro de Santa Fe



CÁMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA
DE SANTA FE

STAFF

barullo

Directores

Horacio Vargas
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número

Mauro Aguilar
Fernanda Blasco
Miguel Roig
Edgardo Pérez Castillo
Max Cachimba
Adrián Abonizio
Eugenio Previgliano
Diego Giordano
Adriana Briff

Fotografía

Sebastián Vargas

Diagramación

Fabiana Colovini

Coordinador de contenidos:

Agustín V. Hoffmann

Página web

www.barullo.com.ar

Contacto

barullorevista@gmail.com
@revistabarullo
revista_barullo
@barullorevista

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones
Sarmiento 825, Rosario

Impresión

UNR Editora
Urquiza 2050, Rosario

Editor responsable

Horacio Vargas

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total
o parcial sin previa autorización.
Registro de la propiedad intelectual
en trámite.

Barullo integra la Asociación de
Revistas Culturales Independientes
de Argentina (ARECIA).

A modo de editorial

“Es mi casa todos eran leprosos, mi hermano, mi padre se mordía los dedos por Ñuls. Una vez no quise ir más con él a la cancha porque siempre había algún barullo”. GATO BARBIERI

–Yo creo que usted debería hacer algo para terminar con todo este barullo, Fernández. JORGE RIESTRA, *Salón de billares*

“Los cadetes corrían sin dejar de hablar: el capitán podía distinguir algunas frases sueltas entre el barullo”. MARIO VARGAS LLOSA, *La ciudad y los perros*

“Prefiero el barullo de la prensa libre al silencio de las dictaduras”. DILMA ROUSSEFF, ex presidenta de Brasil

“Cuando todo el barullo está despejado, cuando eso pasa, puedes tener seenta bailarines enfrente de ti, y saber exactamente cuál es Michael (Jackson)”. SLASH, guitarrista de Guns N’ Roses

“¡Oh! Me hiere el alma oír desgarrar una pasión hasta convertirla en jirones y verdaderos guiñapos, hediendo los oídos de los «mosqueteros» que por lo general son incapaces apreciar otra cosa que incomprensibles pantomimas y barullo”. WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*



**CONCEJO MUNICIPAL
DE ROSARIO**

AMBOS MUNDOS

Sardinas al mar

Por
**Miguel
Roig (*)**

La presencia de Maradona en Rosario, como técnico de Gimnasia y Esgrima, tuvo eco en Europa. El improvisado acto en el hotel ante una hinchada inflamada de nostalgia o los memes que circularon ese fin de semana fueron motivo de atención del diario deportivo Marca de España y La Gazzetta dello Sports italiana.

En el documental *Diego Maradona* de Asif Kapadia —director, también de *Senna*, otro verso libre del deporte— se puede ver cómo el junco se quiebra pero que no deja de construir belleza mientras el físico se lo permite. El exceso de llamarlo Dios a partir del uso fraudulento de su mano en el primer gol a Inglaterra en México queda, de algún modo, en una permisible concesión con el otro gol que hizo aquella esa tarde. «Una verdadera obra de arte», dice Jorge Valdano.

Con Lio Messi pasa algo parecido. Es un vendaval creativo de tal magnitud que es capaz de romper la narración del juego como aquella noche en la que, al ejecutar un penal contra el Celta de Vigo, en lugar de rematar al arco le dio un pase corto a Luis Suárez para que éste convirtiera el gol. Juego, complicidad, alegría. John Carlin escribió que él ya no era de ningún equipo, era solo de Messi. No parece desatinado el comentario si se observa el volumen del negocio del fútbol y el lastre de corrupción que envuelve a empresarios, dirigentes y jugadores.

En el Reino Unido los jugadores entran al campo de la mano de un niño. Después, todo el equipo, se retrata con los pequeños. Es un acto amable que aporta empatía con la infancia y hasta podría declinar en otras acciones positivas. El problema es que a los padres les cuesta 900 dólares, más de la mitad del salario mínimo británico.

Para la liga inglesa representa un ingreso de 640.000 dólares anuales.

¿Cómo puede ser que, a pesar de todo, el negocio crezca y la adhesión sea inquebrantable? Por epifanías como las de Maradona y Messi. Aunque Ken Loach, el cronista de la realidad social del Reino Unido, da otras pistas en su película *Buscando a Eric* (*Looking for Eric*). El protagonista es un cartero, un hombre de clase baja, separado dos veces, que convive con los hijos de su última pareja que le abandonó, y soporta todo tipo de situaciones dramáticas. Nada aparece en el horizonte que pueda evitar una gran caída. El filme está ambientado en Manchester y el protagonista es hinchado del Manchester United; su ídolo es Éric Cantona, el gran delantero francés del equipo británico. En su habitación, Eric Bishop, el protagonista —se llama igual que el jugador—, además de banderines e insignias del club, tiene un póster de Cantona de tamaño real. Una noche, cuando Eric se encuentra en medio de una crisis emocional, Cantona aparece en la habitación y comienza una relación entre ambos. Lo simple, y lo que habría llevado a convertir el filme en un simple melodrama costumbrista, habría sido que Loach manejara la relación en el plano de la autoayuda, pero, en lugar de eso, lleva el vínculo a un nivel dialéctico en el que el protagonista va superando contradicciones. Cantona se convierte así en el Otro, en el sistema de pensamiento, en las reglas de ajedrez, en el encuadre ideológico que le permite a Bishop adoptar una estrategia de vida. Loach construye el personaje de Cantona basándose en parte en su perfil de jugador y, fundamentalmente, en sus apariciones mediáticas. Sobre una de ellas, la más famosa, el protagonista del filme confiesa que nunca pudo desentrañar su sentido. El episodio es el siguiente: cierta vez, durante un partido de fútbol, un agitador de ultraderecha le insultó, razón por la cual Cantona reaccionó violentamente propinándole una patada. En la rueda de prensa que se convocó luego del incidente, se esperaba diera una disculpa. Como todo argumento, el jugador se sentó frente a los periodistas y lo único que se limitó a decir antes de retirarse fue: “Las gaviotas siguen al barco porque saben que acabarán cayendo sardinas al mar”. Esa fue la particular venganza de Cantona hacia la prensa amarilla inglesa que pensaba hacer su agosto a costa del jugador.

Más allá del mercado y el morbo de los medios, los aficionados siguen la estela creativa de los jugadores prodigiosos y alimentan su imaginario con esa poesía.

(*) Escritor y periodista



La PREVENCIÓN está en tus manos

PREVENCIÓN DE **CORONAVIRUS** Y ENFERMEDADES RESPIRATORIAS:

- ✓ **Lavá frecuentemente** tus manos con agua y jabón.
- ✓ **Cubrí** tu nariz y boca con el pliegue del codo al toser y estornudar.
- ✓ **Ventilá** los ambientes todos los días.
- ✓ **Limpiá frecuentemente** las superficies de uso cotidiano y público.
- ✓ **Quedate en tu casa.** Respetá el distanciamiento social.

Ante síntomas llama al **0800 555 6549**

Para denunciar incumplimiento de cuarentena: **0800 555 6768**

PREVENCIÓN DEL **DENGUE**:

- ✓ **Tapá** tanques de agua, tachos, neumáticos o piletas en desuso.
- ✓ **Da vuelta** los baldes y palanganas.
- ✓ **Eliminá** latas, escombros, recipientes y botellas.
- ✓ **Limpiá** floreros, macetas, canaletas y piletas con agua estancada.

#RosarioSeCuida
#ArribaCuidar

    rosario.gob.ar



Municipalidad
de Rosario

EL REGRESO DEL APERITIVO “NACIONAL Y POPULAR”

Amargo, obrero y rosarino

El tradicional vermú fue una bebida hecha en la ciudad que identificó a anarquistas, comunistas y peronistas. El Concejo la declaró patrimonio cultural y ahora vive una etapa de revitalización a partir del impulso que le dieron emprendedores gastronómicos

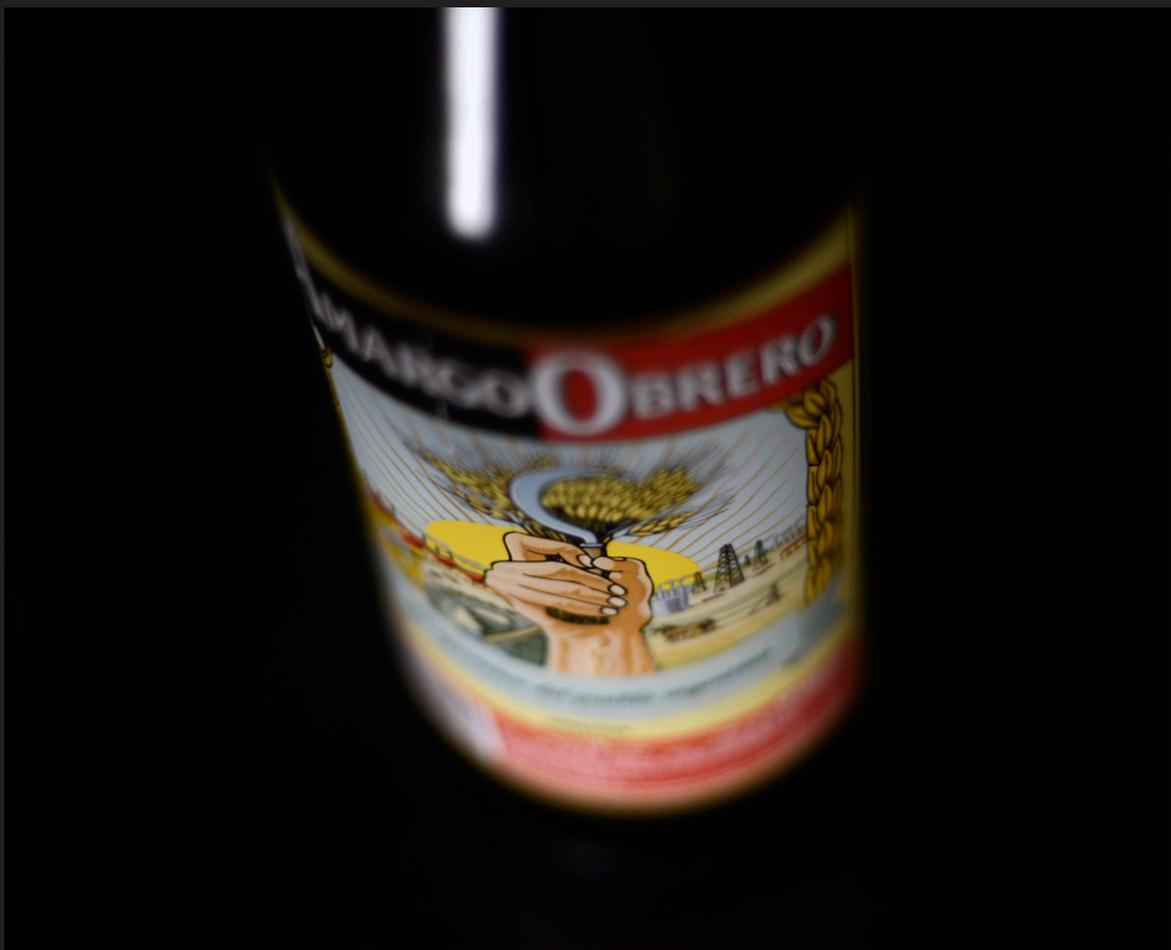
Por **Fernanda Blasco**

Fotos: **Sebastián Vargas**

¿Cuánto hay de cierto en los rumores que indican que hay en marcha una campaña para lograr que el presidente Alberto Fernández se vuelva fanático del aperitivo rosarino Amargo Obrero? Es peronista. Tiene buen vínculo con Rosario: la acaba de elegir como una de las capitales alternas. Y toma pomelo, todo el mundo lo sabe, si hasta hay una cuenta en Instagram dedicada a recopilar fotos en las que aparece con su bebida preferida. ¿Cuán confiables son los reportes que aseguran que pronto el primer mandatario aparecerá en algún acto oficial con un

vaso marrón claro en su mano, que contenga la versión aggiornada que se toma hoy en bares: mitad amargo “nacional y popular” y mitad gaseosa sabor pomelo?

Tras escuchar sobre la movida secreta de boca de un fanático extremo y degustar algunas variaciones de tragos que lo tienen como bebida de corte, Barullo decidió encarar la noble tarea de investigar la historia y el renacer del Amargo Obrero, declarado patrimonio cultural de la ciudad. No, no se trata solo de desentrañar si es un mito la “campaña aperitiva presidencial”. Los hinchas actuales



del Amargo Obrero no reconocen una filiación política. Muchos no peronistas también ponen sus fichas en esta posibilidad porque estiman que, de contar con el aval de la Casa Rosada, la bebida rosarina podría llegar a convertirse en embajadora de buena voluntad en bares de todo el mundo. Y nada le gusta más a un rosarino que exportar éxitos.

Hay que admitirlo: la decisión de encarar esta investigación se tomó bajo la influencia del alcohol, pero no es una hipótesis tan arriesgada como suena la primera vez que uno la escucha. Desde hace unos años, las ventas del Amargo Obrero crecen a buen ritmo, así lo asegura la empresa que lo comercializa. Y últimamente, la bebida parece estar en todas partes: grandes supermercados y almacenes de barrio, también en espacios con coctelería sofisticada, fondas de pueblo y bodegones tradicionales. Está aun precio tan accesible, en comparación con las otras botellas con las que convive en las góndolas de alcohol, que crisis mediante se estima que las ventas crecerán aún más. Y no se trata solo de tragos. Se ha convertido en materia prima para elaborar platos y postres. Fue protagonista de un video musical.

Y con gobiernos peronistas a nivel nacional y provincial, además de un primer mandatario llamativamente fanático del pomelo, gaseosa con la que logra un maridaje de particular éxito, el cielo pareciera ser su único límite.

Todavía hay algunos que no saben que el Amargo Obrero es rosarino. Sí, esta bebida, mezcla de hierbas serranas y litoraleñas con 19 por ciento de graduación alcohólica, es rosarina. “Confundirlo con el fernet es un pecado mortal”, repiten algunos fundamentalistas. Es oscuro, sí, pero más dulce que su primo cordobés. Para rastrear su origen es necesario remontarse a 1887. El Amargo Obrero fue una de las bebidas elaboradas en la fábrica propiedad de Pedro Calatroni, que por ese entonces elaboraba licores y vodka, además de aperitivos, entre ellos el protagonista de esta historia. En 1920, al recibirse de contador, Hércules Tacconi (sí, el que luego le pondría su apellido a los famosos jugos) entraría a la empresa. Hasta ahí, el Amargo Obrero era “uno más”. Al morir Calatroni, Tacconi le compra a la viuda su parte. Nace entonces la Sociedad Anónima Tacconi y Compañía en los años 50. En ese momento es cuando una fuerte campaña de marketing logra imponer al Amargo Obrero



como aperitivo “nacional y popular”, comienza a mostrar la bebida en los espacios populares de esa época como canchas de fútbol, bares, bodegones, turf, y lo adopta el peronismo como bebida previa al asado (aunque de arranque, por la hoz y el martillo de su etiqueta se lo asociaba al comunismo y por los colores rojo y negro al anarquismo). “Amargo Obrero, donde te bebo: en su club, su casa o en el bar. El aperitivo más popular”, rezaba una publicidad de aquel entonces, cuando las botellas se vendían a unos treinta centavos, según cuentan los memoriosos.

“En casa se tomaba, nos hicieron probar de chicos, apenas una copita. La fábrica primero estaba en Mendoza y Rodríguez. Después se mudó a calle Paraguay al 400. Ahí ya recuerdo que íbamos a jugar con mi hermana y mis primos, pretendíamos trabajar como lo hacían los grandes. Era un espacio chiquito, un lío, porque entraban camiones gigantes a cargar en pleno centro”, rememora María Delia Tacconi, más conocida como Meme, nieta de Hércules. Gran parte de su familia (padre, tíos, hermana, primos) trabajaron en la compañía. “No hubo mandato familiar, no nos obligaban a nada. Era nuestro lugar, nos sentíamos en casa y creíamos natural continuar ahí”, aclara. “La empresa se sentía como una gran familia, había muchas mujeres obreras que lavaban botellas”,

destaca. “Lo que más recuerdo es el olor, en los toneles se maceraban hierbas aromáticas y ese perfume inundaba todo”, asegura, mientras eleva la mirada, perdida en algún recuerdo.

Al crecer la empresa fue necesaria otra mudanza, esta vez a un local de Lavalle al 400, donde hoy funciona Micropack. “Recuerdo ser adolescente en esa etapa, íbamos siempre. Había ya un laboratorio, aparecieron las primeras computadoras, mucha gente trabajando. Fue cuando salieron los jugos Tacconi”, precisa. En 1987, se decidió la venta. Eran épocas complejas de crisis e inflación en las que se abrieron las fronteras a productos extranjeros. “Vos ponías un precio de producción y el pago de supermercadistas, a 120 días, no te cerraban nunca los números”, resume Meme. “Fue duro porque la sentíamos propia, pero era complejo llevar adelante una empresa familiar siendo tantos. Mis sobrinos y mis hijos nos recriminan cómo pudimos venderla, apenas se acuerdan de la fábrica. Pero en ese momento sentimos que era el momento de venderla. Hubo una oferta buena de Bols, fue una buena negociación”, resume. Dos años más tarde, 1989, la compra Cepas Argentinas, su actual dueña, que ofrece el Amargo Obrero en un catálogo ambicioso de productos donde hay varios pesos pesados, como ron Bacardí, Gancia, Jack Daniels y Fernet 1882,



por mencionar algunos.

Si bien los descendientes de Hércules Tacconi continúan de cierta forma vinculados a la marca, se trata de un lazo afectivo, no comercial. Participaron de actividades de relanzamiento en Buenos Aires, hace algunos años, y de las celebraciones cuando se declaró al Amargo Obrero patrimonio cultural rosarino en 2017. “Hoy se sigue tomando Amargo Obrero. Nos preguntan si nos guardamos la fórmula y contestamos que no. Pero estamos felices de que siga vigente”, celebra Meme.

A la hora de consultar sobre las vinculaciones de la bebida con el anarquismo y el peronismo, la familia Tacconi las relativiza. “Más allá de su etiqueta, no era una familia anarquista, no había afinidad política. Después el peronismo se apropió de la bebida, pero tampoco era que la familia fuera peronista”, remarcan.

¿Pero existe o no una campaña para que el aperitivo llegue a Balcarce 50 y de allí salte a la fama mundial? “No puedo confirmar ni desmentir, pero en algún momento lo vamos a conseguir”, dice entre risas Beltrán Ruiz, empresario gastronómico que junto a Iván D’Angelo gerencia El Riel, de Pueyrredón y Rivadavia. Este tradicional bar de la ciudad, cuya primera habilitación municipal data de 1915, fue clave en la revitalización del Amargo Obrero, en el movimiento que llevó a su más

reciente ola de popularidad.

Hoy El Riel tiene seis opciones de tragos con Amargo Obrero en su carta (el que más sale lo combina con pomelo, rodaja de manzana y romero). En algún momento, llegó a tener diez. “Hay gente que viene solo a tomar Amargo Obrero, somos embajadores en cierta forma. Y en poco tiempo vamos a tener un trago de Amargo Obrero tirado. Sería aperitivo de la casa, casero”, anticipa. Durante la última semana gastronómica rosarina en El Riel prepararon un helado de Amargo Obrero y en algún momento ofrecieron en el menú osobuco al amargo, plato alabado por su originalidad y sabor. Pero hay más. Cuando en el Museo de la Ciudad estuvo la muestra Obreras, se ofreció un trago bautizado igual que la muestra, basado en Amargo Obrero. Y los integrantes de la banda Homero y sus Alegres hicieron un video donde los protagonistas aparecen tomando Amargo Obrero. Cuando fue el recital en el CEC para presentarlo hubo un trago especial llamado Obrero y sus alegres.

“No es casualidad que Rosario tenga el primer amargo industrial en la Argentina, pensemos en la gran cantidad de inmigrantes que llegaron en el siglo XIX y que han seguido llegando con el tiempo”, analiza Beltrán, quien además de El Riel gerencia la galería de



arte La Raíz. La empresa que lo comercializa menciona mucho el contraste del amargo con las bebidas dulces consideradas más elitistas. “El amargo era fácil de tomar con bebida dulce, agua, soda, hielo solo. El peronismo lo toma como el aperitivo previo al asado, en un momento de gran consumo interno, de productos tanto locales como regionales”.

La decisión de los dueños de El Riel de apostar al Amargo Obrero es culpa de un mueble. O algo así. Cuando compraron el bar, en 2015, había entre otras cosas un antiguo aparador que intuyen formaba parte del mobiliario original. “Este mueble tenía muchas botellas antiguas, era casi un museo de botellas”, explica Beltrán mientras señala una estructura de madera y vidrio apoyada en una pared cercana al ingreso del bar. “Había botellas de Amargo Obrero de otras décadas, muchas con etiquetas diferentes, de los años 50 y 60. Nos motivó a indagar sobre este producto rosarino y de allí nació la idea de rescatarlo, volver a darle vida”, cuenta.

“Rosario es una ciudad joven, con poca historia, con poco orgullo de productos locales. Quisimos darle valor a lo que el paso del tiempo hizo que sobreviviera, porque tantas generaciones lo han tomado y muchos desconocen que el origen de esta bebida es esta misma ciudad”,

sostiene. De hecho, los dueños de El Riel fueron quienes impulsaron que fuera declarada patrimonio cultural por el Concejo, proyecto llevado al cuerpo por la concejala Norma López. A partir de esta medida, el Ente Turístico Rosario (Etur) comenzó a incluir en los programas y circuitos turísticos las diversas manifestaciones gastronómicas que se identifican con la historia de la bebida.

“Difícil saber quién puso la simbología de la hoz y el martillo cuando fue creada la bebida. Pero está claro que el producto va más allá de lo partidario, supera la grieta. Es la bebida peronista, pero también anarquista y comunista. Es la bebida de los trabajadores, la bebida popular más allá del signo político. Tiene esa filosofía. Uno, cuando hoy toma Amargo Obrero, siente que toma un producto popular, llano, del pueblo”, concluye Beltrán.

Durante su campaña, y también después de resultar electo, el presidente Fernández lanzó promesas de unidad nacional. “Conmigo se termina la grieta”, repitió aquí, allá y en todas partes. Si llegó el tiempo de convertir esas palabras en política de Estado, qué mejor que hacerlo con un vaso de Amargo Obrero en la mano. Con pomelo, Alberto, como a usted le gusta.



Beltrán Ruiz gerencia
El Riel, el bar donde
se toma A.O.

¿QUÉ TIENE ROSARIO PARA OFRECER SOBRE LA VIDA DEL CHE?

Las huellas de Guevara

El departamento natal está vedado al acceso del público. El proyecto de ciudadano ilustre post mortem estuvo atravesado por polémicas bizarras. Ante la falta de un museo guevarista, la ciudad tiene el Centro de Estudios Latinoamericanos Che Guevara en un subsuelo de un remozado galpón portuario. El escultor de la estatua confiesa que “es fea” y sueña “con robarla para hacerla de nuevo”. Una página web sobrevive con un inventario de “males guevaristas” y hubo un Estado municipal que se propuso convertir a Guevara en un atractivo turístico

Por **Mauro Aguilar**

El diseño del edificio es una sentencia: no hay frivolidad, no hay excesos. Gris, sobrio, recto. Son cinco pisos, cincuenta y cinco ventanas y apenas seis macetas con sus flores que salpican la arquitectura neoclásica. La propiedad, en el 480 de la calle Entre Ríos, ciudad de Rosario, polo sojero de la Argentina, respira una calma aristocrática. No hay turbulencias. Nada de barro. Nada de sangre. Nada remite a una revolución. Excepto por un capricho del pasado: en esa coraza de cemento aterciopelado –segundo piso, departamento D– nació, el 14 de junio de 1928, Ernesto Guevara. Sin embargo, el Che, cincuenta y dos años de muerto, de mito, de villano, de fuego, aún combate para que lo incorporen en el inventario oficial de la ciudad.

“El Che nació en Rosario. No debió nacer en Rosario. Nació en Rosario por casualidad. Yo venía desde Caragatay (Misiones), al norte de Buenos Aires, donde estaba trabajando. Tomamos un barco porque ya Celia estaba por tener al chico. Se me ocurrió bajarme ahí porque andaba en negocios de yerba mate. De pronto, sin saber, sin mayor aviso, vino el Che”. Ernesto Guevara



Los Guevara Lynch en el parque Independencia.

Lynch cuenta en su libro de memorias que así nació Ernesto, el primero de sus ocho hijos, el que fue médico, político, escritor, pero que se hizo un lugar en la historia agitando revoluciones en Cuba, en el África o en Bolivia.

Por los vaivenes del azar, por las vacilaciones del destino, Celia de la Serna, madre de Guevara, alumbró en Rosario. Pero no hay museo del Che en esta ciudad. En Alta Gracia o en Neuquén, sí. En Misiones y en Caballito también. En Rosario, no.

El departamento donde nació y vivió los primeros meses de su vida tiene vedado el acceso al público. El edificio, con sus viviendas particulares, con sus ritos de consorcio —que la basura del 4º E, que los ruidos del 5º C, que la gotera del 3º F—, rechaza convertirse en un santuario.

Un empresario santafesino radicado en el extranjero se apoderó, en 2002, de un retazo de la historia: adquirió el 2 D e hilvanó la puntada inicial de un tejido comercial más expansivo. En octubre de ese mismo año constituyó Casa Natal Che Guevara SRL, una sociedad a la que se incorporó, en junio de 2003, un cuestionado empresario español imputado y luego sobreesido por una millonaria estafa. En el Boletín Oficial de Santa Fe se presentan como proveedores de servicios “para la organización de museos, exposiciones y eventos destinados a la promoción y difusión de actividades artísticas, científicas y culturales”. Nada de eso se concretó. Al menos en la propiedad de 188,27 metros cuadrados que le da nombre al proyecto.

El lugar conserva fotos de Guevara, los pisos de pinotea, la tina de baño original. La obra privada de un coleccionista brumoso. Algunos turistas se fastidian porque todo lo que pueden encontrar en el 480 de la calle Entre Ríos se ofrece sobre la vereda. “Un sencillo cartel y nada más”, repiten con fastidio. La huella

del mito les resulta escasa.

Ignacio Piedra, 54 años de edad y 29 como portero en esa propiedad, lo sabe mejor que nadie. Podría editar un compilado con quejas, los grandes éxitos inspirados en aquello que se proyecta ver y que, finalmente, no se encuentra. Para moderar la desilusión de los visitantes preparó una carpeta que exhibe con orgullo: contiene imágenes e información sobre Guevara. Incluso fotografías del interior del departamento en el que vivió. La comparte con los que llegan de Colombia, de Estados Unidos, de Cuba.



“Nació en Rosario por casualidad”. Papá dixit.

“Se sacan fotos, pero quieren algo más. Hay gente que se queda remal, retriste y con esto se van más contentos, más agradecidos”, cuenta. Piedra se ha convertido, con sus bigotes anchos e intimidantes, con su verba campechana, en un guía involuntario, pero voluntarioso. Lo que en el Louvre no se consigue.

La señalización junto a la que se retratan los visitantes anuncia que se está frente a la casa natal del Che. Añade fechas y lugares donde nació y

falleció, a los 39 años. En 1992, cuando la Legislatura local ordenó colocar una placa para demarcar el lugar, la furia volcánica de un desconocido apagó el proyecto por largo tiempo: estalló una granada y los vecinos mezclaron indignación, recelo y temor para decir que no, que aquí nada.

Quebrar esa resistencia demandó catorce años de paciente negociación entre el Estado, con sus trámites de rutina, y el consorcio. Guevara fue más expeditivo. Convertirse en una figura incandescente le llevó doce años: en 1955 se sumó al grupo que comandaba el abogado marxista Fidel Castro y en 1967 lo asesinaron en La Higuera. Las revoluciones, muchas veces, son enemigas de la burocracia.

Rosario, su centro frenético, sus barrios calmos y postergados, conforman el tablero de un juego en el que Guevara avanza y retrocede. En octubre de 2002 se aprobó una iniciativa para declararlo ciudadano ilustre post mortem. La discusión para darle curso a la ordenanza elaborada por el socialista Alberto Cortés fue fatigosa, encrespada. El cruce de un mar en llamas.

La versión taquigráfica de la sesión expone los vaivenes del debate. El reconocimiento a Guevara por embestir a poderosos y favorecer a desposeídos se mezcla con las amonestaciones por recurrir a la lucha armada. Algunos aprueban el proyecto, aunque con reparos. “La inmensa mayoría de nosotros no acompañamos la manera con que él entendía la toma de poder”, admite el concejal radical Raúl Milano, aunque luego aclara que la violencia “no está ajena a los procesos de desarrollos históricos”. El socialista Sergio Liberati pretende saldar las controversias argumentando que “negarse a esta reivindicación es como entrar en la época de las cavernas”.

En distintos discursos se recuerda que la figura de Guevara estuvo durante largo tiempo “casi oculta” en su ciudad natal. Un edil se opuso a distinguirlo con el argumento de su “metodología violenta”, otro se abstuvo de votar y un tercero se retiró en el momento en que debían contarse las voluntades a favor y en contra de la norma.

La ordenanza 21878/02 describe al Che como “el rosarino que mayor trascendencia internacional ha alcanzado”, destaca “la coherencia entre su discurso y su accionar” y aclara que, “más allá de las opiniones diversas

se atreven a cuestionarlo. Ha ganado un espacio enorme, sobre todo en las juventudes. Criticarlo es como criticar a (José de) San Martín: tiene muy poco eco— dice hoy Cortés.

El exconcejal elaboró la propuesta con calculada prudencia. Evitó ponderar los ideales marxistas o el tenaz antiimperialismo de Guevara. La estrategia, para evitar rechazos, incluyó otra concesión: sugirió convertirlo en ciudadano “distinguido”. Los argumentos del debate elevaron, para sorpresa de Cortés, la categoría. Terminaron por concederle un título

ciudad. Un terrorista que nos ha dejado muy mal parados como rosarinos”, lo descalifica sin preámbulos el edil de Cambiemos Gabriel Chumpitaz.

Diecisiete años después de ser distinguido como ciudadano ilustre los dados se deslizan sobre el imaginario juego con suerte dispar. El Che va y viene. Adelanta un par de lugares. Cae un peldaño. A veces pierde dos turnos.

Como un impulso más de las celebraciones por los ochenta años de

Sebastián Vargas



Ignacio Piedra, 29 años como portero del edificio de calle Entre Ríos.

que sus métodos de lucha pueden merecer, es un hecho histórico que no dirigió jamás sus armas contra ningún gobierno elegido democráticamente”.

—El proyecto lo hicimos sin mucha expectativa de que fuera aprobado. Lo hice lo más light posible para esquivar excusas probables. Cuando el Che fue asesinado los que se guían por una serie de medios y de propaganda oficial lo consideraban un asesino. Había un gran desprestigio de su figura. Pasadas varias décadas, son muy pocos los que

mayor, el de “ilustre”.

Las diferencias que genera su figura nunca se saldaron. En octubre de 2019 la concejala Celeste Lepratti propuso recordarlo en el 52º aniversario de su muerte por ser “partícipe de incansables luchas contra injusticias alrededor del mundo, destacando su legado para la lucha de los pueblos oprimidos”. La declaración se aprueba con 16 votos a favor y 7 en contra. Algunos discursos llevan una cadencia chirriante. “Lo considero un personaje nefasto para la

su natalicio en 2011 abrió sus puertas el Centro de Estudios Latinoamericanos Che Guevara (CelChe), una iniciativa en la que estuvo involucrado Ramiro Guevara, hijo del segundo matrimonio de Guevara Lynch. El espacio está ubicado en el subsuelo de un remozado galpón portuario. La zona es de las más exclusivas de Rosario, a orillas del río Paraná. Los barcos cargados con cereal provocan un tajo en el paisaje de aguas marrones e islas de arena y de barro.



El “museo” del Che en Caballito.

Pero nada de eso se observa desde el CelChe que, de alguna manera, está sumergido. Hasta hace unos meses la banderola que lo anunciaba, en la puerta de ingreso, estaba rasgada y en parte oculta por un pasacalle que anunciaba un conflicto laboral. Ahora ni siquiera eso. Nada señala el sitio.

—Si estuviéramos en un lugar más neurálgico estaría lleno— explican Pamela Gerosa y Juan José Noé, los coordinadores del espacio.

Al ingresar se advierte a un Guevara multiplicado. Las fotos lo exhiben con vestimenta formal y una sonrisa juvenil. A bordo de una moto o rodeado por guerrilleros. Es un bebé rodeado de nieve y a veces de mar. Sorprendido, sonriente, concentrado, desafiante. Son 96 instantáneas. Los paneles intentan resumir, con textos e imágenes, una historia difícil de abarcar.

El lugar no es un museo. No hay piezas originales. No se venden remeras ni souvenirs, aunque algunos turistas lo reclamen. Allí se propone otro desafío: mantener vigentes las ideas del Che. Sus proyectos y sus paradojas. Y tratar las derivaciones actuales. Hay una biblioteca abierta al público y se organizan seminarios y debates para abordar temáticas como feminismo y procesos revolucionarios, literatura y

luchas obreras.

—No hablamos concretamente de él, sino que a través de ese tipo de temáticas uno termina hablando de sus ideas— explica Noé.

—Es una figura histórica controversial, muy compleja de recuperar. Hacerlo tiene costos políticos. Nosotros intentamos recuperar la parte más humanística de él y su ideario completo. La idea es generar pensamiento crítico— añade Gerosa.

El espacio parece oculto, pero respira, interpela. Vive. E intenta mantenerlo vivo.



Guevara mira el horizonte. La camisa arremangada hasta los codos. Boina, cabello largo y arremolinado. Algunos pequeños corretean junto a la estatua. “Te digo algo retriste: un día me tragué una moneda”, le susurra una nena a otra. Cuando se tienen siete, ocho años, el mundo está cargado de revelaciones fantásticas. Las dos se abrazan a las piernas gigantes del Che para no caer. Una placa le rinde homenaje por su “accionar político y su compromiso revolucionario”. Alrededor hay botellas, papeles, tapitas de cerveza, trozos de

cemento.

Las autoridades de Alta Gracia, donde Guevara vivió en su infancia y donde explotan esa escala del pasado con turística pericia, ejercieron un lobby discreto y persistente para recibir la estatua. “Fijate que en Rosario ni estuvo”, argumentaban frente al autor. No lograron torcer el rumbo. Andrés Zneri, el encargado de la obra, no arrojó monedas al aire para inclinarse por un destino. Recorrió calles, observó canchas de fútbol en Rosario y advirtió una poderosa presencia “iconográfica” del Che. Fue, para él, una señal inequívoca del lugar en el que debía instalarse, aunque años más tarde tropezara en oficinas de turismo local con insólitas negativas sobre la existencia de su monumento.

Para confeccionar la escultura se recolectaron 75 mil llaves. Unas 15 mil personas —vecinos de Argentina, Alemania o Sudáfrica, presidentes de Latinoamérica, el cantante Manu Chao— donaron metal. La figura se eleva cuatro metros. Una masa gris de mil quinientos kilos que demandó tres años de trabajo y se colocó el 14 de junio de 2008 como parte de las celebraciones por los 80 años de su nacimiento. Es el primer monumento de bronce a Guevara en Argentina y está tatuado con múltiples declaraciones de amor urbano.

Zneri se define como “más guevarista que escultor”, admite que la estatua “es fea” y confiesa que sueña “con robarla para hacerla de nuevo”. “Antes de morirme voy a hacerlo”, bromea.

El artista buscó cercanía entre su obra y la gente. Exigió entonces que el pedestal fuese pequeño, bajo. Le explicaron que eso atraería a los vándalos y aceptó el riesgo. Dieciséis meses después de colocarla utilizaron una amoladora para intentar cortarle las piernas, las mismas a las que ahora

se aferran los chicos para jugar y no caer.

—Me parecía que parte del símbolo es que la distancia entre el piso y la escultura no sea tan elevada. No creo en un Guevara que es un extraterrestre cuyos valores morales son tan elevados que ningún hijo mío podría imitarlo. La idea es que necesitamos más Guevaras. No es ni un semidiós ni un santo, sino una persona de carne y hueso que hizo cosas muy importantes.

La figura del revolucionario ofrece resistencias. De toda clase. Un mural del artista plástico Ricardo Carpani, descubierto en 1988 en una plaza ubicada a 200 metros de la casa natal del Che, fue manchado repetidas veces con pintura y con una inscripción —en rojo, como la sangre— que resume la idea de quienes lo resisten: “Asesino”.



La oficina es pequeña y una pared está cubierta con libros. Hay predilección por las obras del filósofo austriaco Karl Popper. El departamento —el 2ºD, como el de Guevara— está en un edificio modesto, oculto en una galería comercial que se marchita entre talleres de costura y locales que ofrecen películas en videocasetes, préstamos a sola firma y compactos de heavy metal.

En el living dos jóvenes teclean en sus computadoras portátiles y hay un silencio de hospital. En ese lugar funciona la sede de Bases, una fundación rosarina de orientación liberal que tiene como referente a Juan Bautista Alberdi, autor intelectual de la Constitución argentina de 1853. La organización inició sus actividades en 2004. Dicta charlas, organiza congresos de economía austriaca y todos los años celebra la caída del muro de Berlín. Sus integrantes la definen como una institución “apartidaria”, que evita involucrarse en disputas electorales.

En 2017 Bases instaló su nombre en la prensa mundial: The Economist,

Cadena Caracol, El País de España o The Wall Street Journal se hicieron eco de una cruzada anti-Guevara lanzada a cincuenta años de su muerte. La entidad solicitó que se retiraran todos los homenajes oficiales que el municipio de Rosario dispuso hacia la figura del Che: la estatua de Zeneri, el mural de Carpani y la cartelería ubicada en la puerta de la casa natal, además de sugerir el cierre del Celche y que se anulara la distinción de ciudadano ilustre. La petición, en su página web, alcanzó antes de cerrarse las 22.199 adhesiones.

Franco López coordina las actividades de Bases. Tuvo a su cargo la confección del “Observatorio Urbano”, una monumental obra de diez mil páginas con información de Rosario, y es metódico para hablar.

—Guevara defendía la violencia armada, la violencia política. Y no en el siglo XVIII. Este tipo hacía esto después de Gandhi. Pasada la mitad del siglo XX había otro escenario para hacer actividades políticas donde la violencia de los 60, los 70, eran rezagos equivocados del pasado histórico del siglo XX. Hay una defensa ideológica de la violencia como una forma de hacer política. Ocultar eso y defender sólo una imagen medio idealizada del tipo es un horror. El problema es que el Estado tome esa postura, la financie y la imponga.

Bases ofrece en su página web un preciso inventario de males guevaristas que incluye “10.723 asesinados por el régimen comunista, 78 mil muertos intentando escapar de la isla (Cuba), 14 mil fallecidos en las intervenciones militares en el extranjero y otros 5.300 que murieron en la rebelión de Escambray, además de 1,5 millón de exiliados”. Los datos impactan, aunque carecen de una fuente oficial.

López cuestiona hasta la “rosarinidad” de Guevara. Dice que considerarlo parte de la historia local es

una idea “tirada de los pelos”. Plantea que ni siquiera hay elementos para explotar su figura con fines turísticos. “De verdad no hay mucho para hacer. Después, si querés armar un Disney, lo podés hacer”, ironiza.

Sobre este punto, como en tantos otros que conforman el ardiente Universo Che, muchos piensan exactamente lo opuesto. Convertir a Guevara y su figura mitológica en un atractivo turístico es un trabajo que el municipio de Rosario se propuso abordar en los últimos años. Ninguno, quizás ni siquiera el astro futbolístico Lionel Messi, también nacido en esta ciudad, tiene el impacto internacional del Che. Rock star con gesto reconcentrado en miles de remeras, imagen explotada para vender cervezas o automóviles en todo el planeta, ahí andan también Guevara y su pasado local como módico anzuelo para quienes visitan Rosario.

Alicia Maistruaerna es energética, simpática. Sus manos hablan un lenguaje propio. Los ojos claros, los rizos del color del fuego. La mujer es titular de la agencia de viajes Pampa’s Incoming, la única en Rosario que ofrece un recorrido pago sobre el Che. La propuesta demanda cuatro horas y busca abordar su historia y la de una ciudad que, hace noventa años, cuando nació el hombre de las revoluciones, era muy diferente.

Entre 2010 y 2015 recibía grupos de entre veinte y veinticinco personas por semana para hacer esa excursión. Todos extranjeros. “Argentinos que quieran ver al Che no hay”, aclara. El boom de aquellos años, explica, tenía motivos múltiples: la decisión de la Secretaría de Turismo nacional para explotar “La ruta del Che”, un país con su moneda más estable y el interés internacional por la política regional. La irrupción de gobiernos progresistas en Chile, Uruguay, Brasil, Venezuela, Bolivia, Paraguay y Argentina llamaba

la atención de turistas que llegaban a esta zona del mundo.

Ahora puede suceder que en un semestre viajen uno o dos extranjeros a ver qué tiene Rosario para ofrecer sobre la vida de Guevara. En los últimos meses llegaron apenas dos antropólogos ingleses que estaban en Perú y una polaca que, siguiendo los pasos del Che, había visitado hasta el Congo.

—El mundo sabe quién es. Acá no lo saben los pibes. No sé si eso está bien o está mal. Pero él es más conocido que Messi. Por lejos. Vos vas por el mundo y ves a un yanqui con la camiseta del Che, a un chino con la camiseta del Che y a un inglés con la camiseta del Che. Los argentinos no lo vemos como importante y a nivel mundial es muy importante —dice la empresaria y se adivina en esa reflexión una queja.

Uno de los responsables de encarar la tarea de convertirlo en “recurso turístico” es el periodista, músico, fotógrafo y ex titular del Ente Turístico Rosario (Etur) Héctor De Benedictis. “Para la ciudad turística pensamos en personalidades nacidas acá y el Che era la número uno. Pero tampoco queríamos que lo que se iba a hacer se viera contrapuesto con su ideología”, explica sobre la idea original en la que se asentó el proyecto.

Una investigación histórica permitió sumar al recorrido gratuito que se ofrece —además del departamento natal, el Celche, el mural y la estatua— dos paradas en el parque Independencia donde estuvo Guevara. Se instalaron fotografías para recordar esos momentos. En una se lo ve recién nacido, en brazos de sus padres, y en otra hay un Che joven, junto a amigos, horas antes de iniciar su primer viaje por Latinoamérica en motocicleta. El itinerario busca atraer a los visitantes, pero evitando convertir al revolucionario en un producto comercial.

El “Pichi” De Benedictis recibió cuestionamientos por esa tarea,

incluso de parte de amigos. En una presentación internacional, en Lima, Perú, un argentino le achacó que desarrolle en Rosario “un circuito de uno de los asesinos más importantes que tiene la historia de Latinoamérica”. Instalar a Guevara no es sencillo. Una encuesta del municipio reveló, en 1997, que el 52 por ciento de los rosarinos desconocían que había nacido allí. “Esta es una ciudad conservadora en muchas cosas. A él se lo negó durante mucho tiempo”, dice De Benedictis. Cree que en el futuro todo será distinto. Aunque lo explica como quien describe un paisaje agrio.

—El tiempo va a ir lamentablemente decantando el poder ideológico que tiene el Che. Lo va a ir convirtiendo en un héroe de una lejana historia revolucionaria y eso hará que sirva mucho más a los fines turísticos.



El viernes 10 de enero de 1992 La Habana amanece entre silencios. Dos situaciones la sacuden y paralizan. Una cotidiana —la falta de combustible—, que aletarga el paisaje. La otra estremecedora: cuatro integrantes de la Policía Nacional Revolucionaria fueron acribillados el día anterior por un grupo que busca escapar de Cuba y la información cruje en la primera plana de los diarios.

Eladio González es un turista argentino que esa misma noche regresará a su país. La noticia de los agentes lo moviliza. Uno de ellos, Rolando Pérez Quintosa, sobrevive. González siente un impulso feroz: se dirige al hospital para donar sangre y entrega una carta al padre para que cuando el muchacho se recupere le escriba. Treinta y siete días después Pérez Quintosa muere.

El episodio cambiará la vida del argentino para siempre. Su gesto se conoce en Cuba y comienza a recibir

cartas en su casa del barrio de Caballito, en Buenos Aires. Un total de 5.085 en cinco años. Luego, con la utilización de los correos electrónicos, ya perdería la cuenta de los mensajes.

Aunque jamás militó en política se enamora de los cubanos, de los postulados de la revolución y del legado del Che. Siente que el bloqueo al que someten a ese país es un delito humanitario. Con su mujer, Irene Perpiñal, inician una cruzada para reunir alimentos, calzado, ropa, cuadernos. Llegan a enviar a la isla tres mil toneladas mensuales de mercadería.

Es el germen de lo que vendría luego: la decisión de abrir el primer museo de Guevara en Latinoamérica. El 19 de octubre de 1996 lo inauguran en Caballito. Tozudo, González acumula piezas y va ganándose la amistad de personajes centrales en la vida del Che como Alberto Granados y Carlos Ferrer, quienes acompañaron al revolucionario desde su infancia, o del general Harry Villegas, sobreviviente de la campaña guerrillera donde lo mataron, en Bolivia.

—Siempre con Guevara hay problemas en Argentina. Hay mucho dinero invertido para que desaparezca. Yo sentí que tenía una deuda con el Che. No mía, personal, pero sí de los cubanos y de los argentinos —dice González sobre el impulso que lo llevó al homenaje.

La crisis de 2001 lo obligó a cerrar. Actualmente funciona una versión acotada en un local en el que además vende antigüedades y caramelos, soldaditos de plomo, juguetes sexuales y gaseosas. El hombre es un divulgador de las ideas y los sucesos que fueron tejiendo la vida de Guevara. Tiene un discurso sereno, pero al mismo tiempo ardiente. Durante dos horas y media estará de pie junto a una vitrina valiéndose de algunos objetos para hilvanar un relato metódico, apasionado. Nunca neutro. De fondo lo acompaña la melodía ocre de un tango,

música latinoamericana. La banda de sonido refuerza la cadencia de esa historia. Los ladridos de Luna, su perra, son ocasionales, módicos. Una pequeña alteración en el pentagrama de una mañana calurosa.

Lo que se exhibe allí, en un cambalache de la calle Rojas al que bautizó “Bagatela”, es una pequeña parte de lo que fue el museo durante su esplendor. Casi una caricatura. La mayoría de los mil cuatrocientos objetos que posee –un maletín y un juguete de madera que pertenecieron al Che, fotografías y documentos, pinturas, estatuillas y monedas en su honor– descansan desde 2006 en la Escuela de Mecánica de la Armada (Esma), símbolo tenebroso de la última dictadura argentina reconvertido en espacio de memoria. González tentó a las Madres de Plaza de Mayo, las mujeres que reclamaban por sus hijos desaparecidos durante el Proceso militar, para que diseñaran en ese lugar un nuevo espacio alrededor de la figura de Guevara. Distintas circunstancias lo impidieron.

Dos años antes, en 2004, ya había ofrecido a la Municipalidad de Rosario donar su colección y que el museo tuviera su lugar definitivo en la ciudad natal del Che. Se iniciaron negociaciones y hasta viajaron desde Cuba para aportar ideas los historiadores de Guevara más reconocidos, Froilán González y Adis Cupul. La iniciativa naufragó.

–Siempre hubo alguna oposición formal, más o menos encubierta. Cada vez que esto empezaba a tomar forma aparecían sugerencias para que no avanzara. Fuerzas externas que se sentaban con el intendente o con alguien del gobierno y formalizaban su oposición –recuerda el por entonces director de Comunicación de Rosario, Daniel Canabal.

–¿Fuerzas externas?

–Gente de la sociedad civil.

Impulsador un grupo de marxistas

y guevaristas, sin apoyo estatal, pero con el aval de Aleida Guevara, hija del Che, Rosario experimentó en 2000 con una muestra itinerante sobre la vida del revolucionario. Se hicieron cincuenta exposiciones en Santa Fe, Buenos Aires y Mendoza buscando “resguardar el pensamiento del Che”. Como parte del proyecto se entregaban copias de su partida de nacimiento dentro de una botella. Líderes políticos como Fidel Castro o Hugo Chávez recibieron ese obsequio.

Uno de los encargados de la iniciativa fue el museólogo y arquitecto Gustavo Ferneti. El éxito de aquella idea le permitió participar de las negociaciones que, en 2004, inició el municipio con la familia Guevara para montar un museo estable. A los funcionarios los entusiasma contar con un lugar que atrajera al turismo y los Guevara, con la potestad de vetar o aprobar cualquier sugerencia, preferían un sitio con fuerte impronta ideológica. Primera diferencia. La infraestructura significó otro escollo: los visitantes esperaban encontrarse con un diseño ya elaborado y los anfitriones descontaron que todo llegaría premoldeado de Cuba. Ni una

cosa ni la otra. La ambiciosa propuesta se desmoronó finalmente entre divisiones y restas: intereses distantes, presiones del poder, desencuentros con el montaje del espacio. El museo, otra vez, se convertía en una oda al fracaso.

Quince años después Ferneti no se rinde: sueña con impulsar un lugar donde se recuerde la figura del Che, pero aclara que no le entusiasma trabajar en un proyecto “de amigo-enemigo”, una postura que, cree, “el guevarismo debe superar”.

–¿Es posible abrir un museo de Guevara en Rosario?

–¿Qué museo? Ahora sería un museo grieta. Por un lado van a estar los que lo toman como un ícono ideológico, incluso a veces hasta idealizado: los que usan sus remeras. Y por otro lado los que lo van a repudiar y van a decir que era un asesino. No queremos actividades que separen más a la gente. Ideológicamente el museo debe unir y no dividir.

Unir y dividir. Dos palabras. El imperecedero laberinto por el que parece condenado a trajinar Guevara. En su ciudad natal o donde se dispute una idea. Siempre.



Guevara mira el horizonte. La camisa arremangada hasta los codos.

UN IDA Y VUELTA DE CARTAS ENTRE UNA PAREJA ROSARINA Y OSVALDO SORIANO

Historia de una correspondencia

Barullo reproduce cartas inéditas del recordado escritor argentino como muestra de amistad y agradecimiento hacia sus lectores y amigos

Por **Adriana Briff**

Es enero. En Wikipedia dice que nació un 6 de enero de 1943 y murió un 29 de enero de 1997. He pensado muchas veces en este hecho, de nacer y morir en el mismo mes. Como si tuviera alguna importancia o significación oculta. Como si su vida hubiera dejado dibujado un círculo imperfecto. No lo sé pero desde esa fecha, la de su partida, el 29 me parece un número de mal agüero. En Argentina no le había prestado atención a su escritura. Fui al cine a ver *No habrá más penas ni olvido* y salí algo molesta. Una genialidad que me sonó a tragedia. Que ganaran los radicales a mí no me hacía ninguna gracia. Yo quería saltar a Oscar Alende sin parada intermedia y Osvaldo Soriano me recordaba que Herminio estaba ahí, quemando ataúdes. Me llevó tiempo entender su maestría para reírse amorosamente de nosotros mismos. Necesité estar lejos de mi país para leerlo como quien charla con un amigo. Recuerdo la primera vez en que vi ese libro finito en una librería latina de la calle Valencia en San Francisco. Estaba como su título, Triste, solitario y final, depositado en una estantería de metal beige junto con otros libros en español. Tenía en la tapa al Gordo y el Flaco. Después vino A sus plantas rendido un león y una adición a todo lo que Soriano escribiera.

En 1994 volví con mi marido a Argentina después de varios años de

ausencia. Iba a buscar mi residencia estadounidense. Un nuevo modelo de país se reconfiguraba. El neoliberalismo, tratando de explicar todo, declaraba “el fin de la historia”. Desaparecían los ferrocarriles pero se inauguraba el Tren de la Costa. Un presidente bizarro, inimaginable en los años de imaginar la vuelta a la democracia, se burlaba del vicepresidente: “Duhalde no saluda porque no le pasa la cabeza por la ventanilla”.

Algunos procedimientos de la dictadura seguían intactos: el pasaporte caducaba cuando un argentino residente en el extranjero volvía al país. No se podía volver a salir sin pasar por la Policía Federal para obtener la necesaria renovación del documento.

Una mañana, mientras esperaba terminar este trámite, escuché en esas oficinas el diálogo entre una empleada pública y una mujer que, como yo, estaba esperando. La empleada le pedía una y otra vez la partida de defunción de su marido. “No, no la tengo”, repetía la mujer. “Sin ese papel no puedo continuar el trámite, señora”, le contestó. La incógnita como un estado civil impuesto por los asesinos se hacía presente. Finalmente la mujer bajó la cabeza, tomó su documento vencido y se fue caminando por un pasillo que parecía infinito. Su hijo la seguía atrás. Pensé que solamente Soriano podría ser capaz de entenderla y darle existencia en

una de sus columnas.

A la mañana siguiente, antes de viajar a Rosario, decidimos ir al barrio de la Boca a buscarlo. Preguntamos por él en el taller de un herrero, después en una carnicería. Una vendedora de flores nos escuchó: “¿Buscan al papá de Manuel? Vive allá pero no está. Se fueron a Francia”.

La casa de la calle Iberlucea tenía una ventana verde en lo alto. Sentada en la vereda, saqué una birome y escribí un mensaje que pasé por debajo de la puerta: “Mirando esta ventana imaginamos que desde acá salen sus historias. Vinimos a darle las gracias. Hace tiempo que no vivimos en Argentina. En las noches, sus escritos nos acompañan. Gracias por dejarnos soñar con ese país que nunca dejaremos de soñar”.

Meses después, una tarde cualquiera, a la vuelta del trabajo, encontramos en la casilla de correo un sobre azul y blanco, la letra prolija. No podíamos creer el remitente, la sorpresa nos trabó los dedos. Una hoja gris de editorial Sudamericana con el membrete de Soriano impreso en el costado derecho nos confirmó que eso que teníamos entre las manos no era una alucinación.

“Queridos Adriana y Jorge:

No saben cuánto les agradezco su nota. Como yo estaba afuera recién me llega y no quiero dejar pasar más tiempo sin decirles que me gustaría

Mar del Plata, 17 de febrero de 1996

Queridos Jorge y Adriana:

Acabo de recibir su carta y me sumo al juego de las estampillas con unas de acá que le mando. No sé cómo disculparme: firmé los libros que la editorial debía mandar bien ensobrados y todo eso, pero resulta que unas cuantas personas no lo recibieron. Les mando un ejemplar puesto así, a poncho, en un desesperado intento de obtener disculpas.

Hace mucho que no releo a Chandler, tengo la sensación de llevarlo todavía en la cabeza. Nunca surgió el tema pero ahora que mencionan "Rastros" les digo que tengo guardada una caja entera, debe haber como cincuenta, los de los años cuarenta con tapa dura. Recuerdo que "Cinco asesinos", la primera colección de cuentos de Chandler que se publicó en Argentina en 1944, lo conseguí en el propio depósito de Editorial Acme hacia el año setenta y tres cuando todo el mundo andaba a los tiros y Chandler estaba de moda. Todavía tengo el ejemplar y conservo dispersadas versiones de las traducciones mexicanas, chilenas y argentinas. En fin, solía tener su retrato con la pipa en una pared hasta que me mudé y quedó en muy mal estado. Me pregunto si existe en USA un libro de fotos y textos de prensa como hay de Hammett y de Scott; una vez en Montevideo un uruguayo fanático de Hammett, autor de un ensayo marxista sobre él, me mostró su colección y creo que volví a ver nada más bonito en mi vida. Scott y Zeida en fotos más o menos privadas, el maestro Hammett en San Francisco y con Lilia... No me pregunten la editorial, pero les hablo de hace más de diez años. Alguien me dijo que ya no se consiguen. Si hay uno de Chandler pagaría un Doublon por él, no olviden que el Raymond Chandler Award es el único premio del que estoy orgulloso.

No leí todavía la novela de Richard Ford pero sí la última de Easton Ellis. Me pareció un serio retroceso, un puñado de material viejo de los cientos de "menos que cero", pero cómo criticarlo después de haber plantado American Psycho en el imaginario capitalista?

Ah, ahora recuerdo las huellas que mencionan en Rastros: ahí publicaban a Zane Grey, autor de Black Mask y de tantos western. Tengo sus memorias y siempre recuerdo que el El Tercer Hombre el escritor lo mencionó como ejemplo para escandalizar a una audiencia de intelectuales.

Esta carta no podrá ser todo lo larga que quisiera, tengo un libro de cuentos atrasadísimo, que debía entregar en abril y pierdo tiempo mirando películas y toqueteando los archivos del Macintosh. Ojalá podamos encontrarnos algún día a charlar largo, aunque mi mundo se fue haciendo más bien en Europa por razones de exilios y traducciones. En estos días le contaba a mi hijo que un día de fines de 1973 fui a pararme delante de la tumba de Stan Laurel y le dejé un ejemplar de "Triste". Creo que el cuento lo impresionó. Es un chico terriblemente antiguo. Un fuerte abrazo,

Oswaldo



de todas sus películas.

Muchas gracias por acercarse a la Boca. Ya ven, Manuel es más popular que yo por aquí.

Un fuerte abrazo.

PD: ¿Está lejos Los Ángeles de Burlingame?

(Perdón por la caligrafía, nunca escribo a mano o me cuesta mucho)".

Soriano no había olvidado ese ruido que hace la soledad en el corazón de las personas que viven lejos de su patria. Así empezó un ida y vuelta de cartas. Como un guiño de amistad elegimos una estampilla del Gordo y el Flaco para el primer envío. Cuando recibimos el sobre con la estampilla de Crónica de un niño solo, el filme de Leonardo Favio, supimos que se había abierto un hermoso juego.

Nos sentábamos a leer sus cartas una y otra vez en el café Puccini del barrio Italiano. A veces, como chicos tontos, discutíamos a la hora de contestarle: "¡Pero cómo le vas a contar semejante pavada!". Empezamos a ir a las librerías antiguas para buscar un original de Dashiell Hammett. Planeábamos también conseguir un guión de Raymond Chandler que guardara aún el impulso de sus dedos ebrios. Desde la Market Street caminábamos armando el tour del Halcón Maltés imaginando los pasos que haríamos con Soriano cuando viniera a visitarnos.

un californiano de todo eso? A veces pienso, leyendo a Auster, a Richard Ford o al mismo Easton Ellis que nuestros universos, aparentemente tan disociados, pueden parecerse bastante. ¿Me equivoco?

Cuéntenme más de ustedes, por favor. ¿Qué hacen allá?

Espero estar en septiembre en Buenos Aires, así les agradezco personalmente las estampillas que me pusieron. Ayer mi hijo estaba mirando una larga película del Gordo y el Flaco, de esas flojas, que hicieron al final de su carrera. No se ríe mucho porque todavía es muy chico para sutilezas de humor, pero le divierten las carambolas y esa poesía amarga

"Mar del Plata, 17 de febrero de 1996 Queridos Jorge y Adriana:

Acabo de recibir su carta y me sumo al juego de las estampillas con una de acá que les mando. No sé cómo disculparme: firmé los libros que la editorial debía mandar bien ensobrados y todo eso, pero resulta que unas cuantas personas no lo recibieron. Les mando un ejemplar puesto así, a

mucho conocerlos cuando vengan de nuevo, o cuando yo me acerque a Los Ángeles para el Mundial.

Ya le pasé su caluroso saludo a (Oswaldo) Bayer que está en el interior casi todo el tiempo. Ojalá les hayan gustado los cuentos. Yo no leo inglés y no sé-ustedes podrán decírmelo- si la traducción de «Una sombra» es buena. ¿Qué recibirá

poncho, en un desesperado intento de obtener disculpas.

Hace mucho que no releo a Chandler, tengo la sensación de llevarlo todavía en la cabeza. Nunca surgió el tema pero ahora que mencionan Rastros les digo que tengo guardada una caja entera, debe haber como cincuenta, los de los años cuarenta con tapa dura. Recuerdo que «Cinco asesinos», la primera colección de cuentos de Chandler que se publicó en Argentina en 1944, los conseguí en el propio depósito de Editorial Acme hacia el año setenta y tres cuando todo el mundo andaba a los tiros y Chandler estaba de moda. Todavía tengo el ejemplar y conservo disparatadas versiones de las traducciones mexicanas, chilenas y argentinas. En fin, solía tener su retrato con la pipa en una pared hasta que me mudé y quedó en muy mal estado. Me pregunto si existe en USA un libro con fotos y textos de prensa como hay de Hammett y de Scott; una vez en Montevideo, un uruguayo fanático de Hammett, autor de un ensayo marxista sobre él, me mostró su colección y creo que no volví a ver nada más bonito en mi vida. Scott y Zelda en fotos más o menos privadas, el maestro Hammett en San Francisco y con Lilia... No me pregunten la editorial, pero les hablo de hace más de diez años. Alguien me dijo que ya no se consiguen. Si hay uno de Chandler pagaría un doblón por él, no olviden que el Raymond Chandler Award es el único premio del que estoy orgulloso.

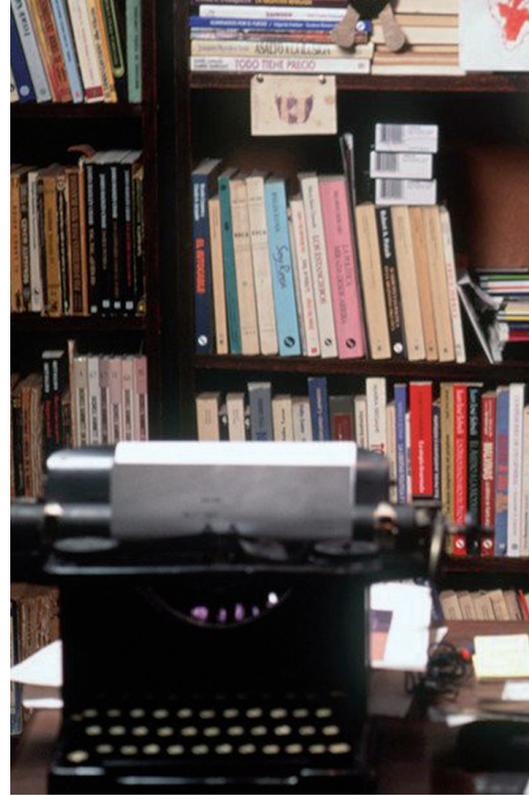
No leí todavía la novela de Richard Ford pero sí la última de Easton Ellis. Me pareció un serio retroceso, un puñado de

material viejo de los cuentos de «Menos que cero», pero ¿cómo criticarlo después de haber plantado «American Psycho» en el imaginario capitalista?

Ah, ahora recuerdo las huellas que mencionan en Rastros: ahí publicaban a Zane Grey, autor de «Black Mask» y de tantos westerns.

Tengo sus memorias y siempre recuerdo que en «El tercer hombre» el escritor lo menciona como ejemplo para escandalizar a una audiencia de intelectuales.

Esta carta no podrá ser todo lo larga que quisiera, tengo un libro de cuentos atrasadísimo, que debería entregar en abril y pierdo tiempo mirando películas y toqueteando los archivos de Macintosh. Ojalá podamos encontrarnos algún día a charlar largo, aunque mi mundo se fue haciendo más en Europa por razones de exilios y traducciones. En estos días le contaba a mi hijo, que un día de fines de 1973 fui a pararme delante de la tumba de Stan



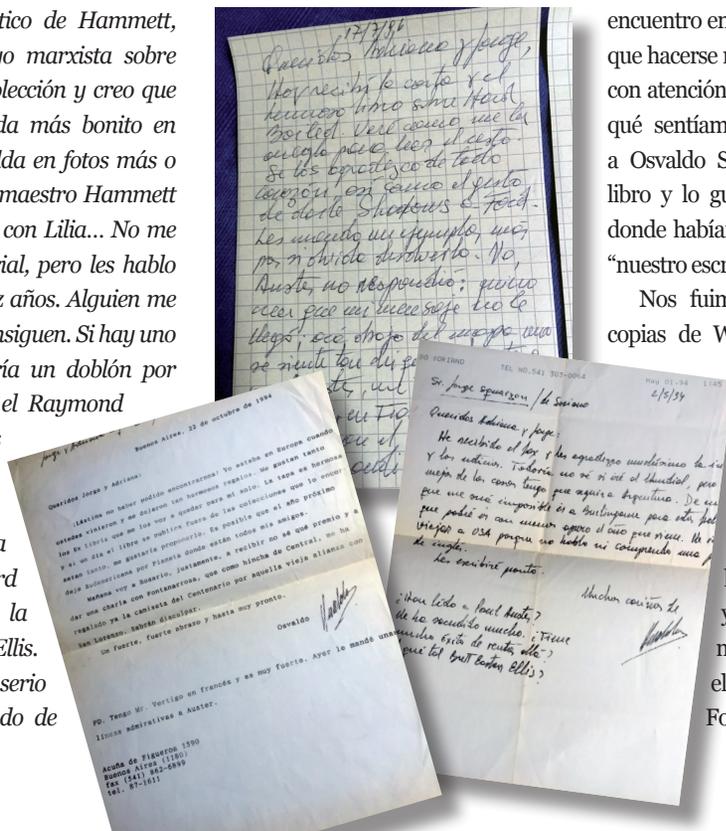
Laurel y le dejé un ejemplar de «Triste». Creo que el cuento lo impresionó. Es un chico terriblemente antiguo.

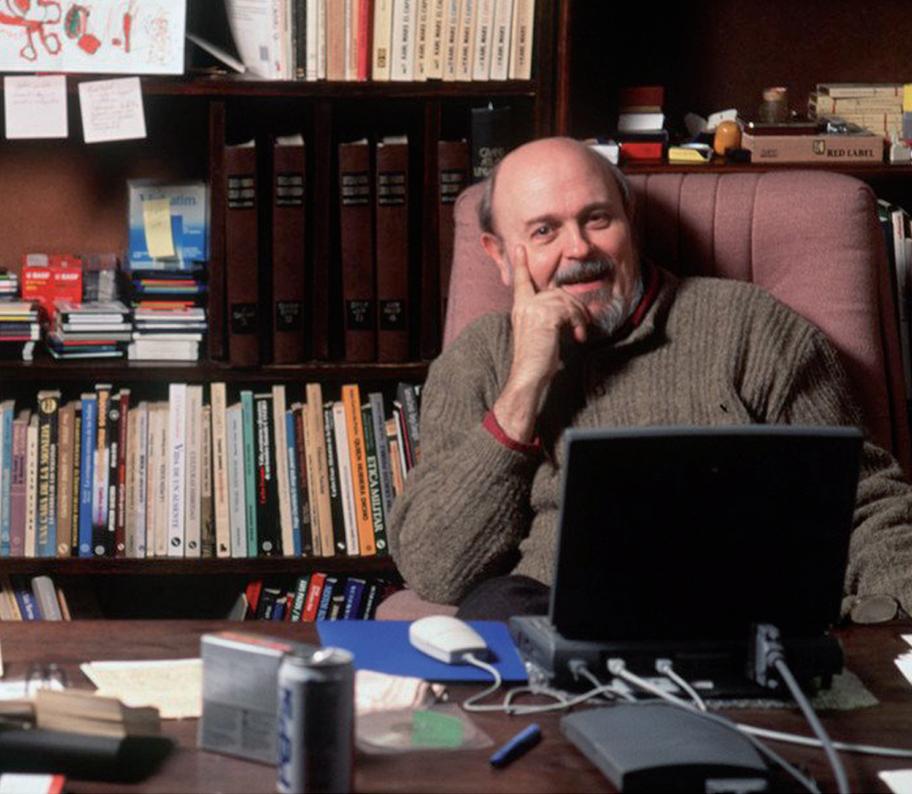
Un fuerte abrazo,
Oswaldo”.

Una tarde nos enteramos de que Richard Ford presentaría su novela Wildfire en Berkeley. Fuimos, con la única copia en inglés que teníamos de Shadows. Estábamos seguros de que el encuentro entre los dos escritores tenía que hacerse realidad. Ford nos escuchó con atención cuando le explicamos por qué sentíamos que él debía conocer a Osvaldo Soriano. Nos agradeció el libro y lo guardó junto a una tarjeta donde habíamos puesto el contacto de “nuestro escritor”.

Nos fuimos ilusionados, con dos copias de Wildfire autografiadas por Ford. Una dedicatoria era para nosotros, la otra decía “To Osvaldo Soriano. With gratitude and warm wishes”.

La felicidad suele hacernos soberbios y mezquinos. No le mandamos por correo el libro firmado por Ford. Íbamos a dárselo





personalmente.

En julio de 1996 recibimos de Soriano una copia de *Shadows*, con una nota en papel amarillo.

17/7/96

Queridos Adriana y Jorge:

Hoy recibí la carta y el hermoso libro sobre Hard Boiled. Veré cómo me las arreglo para leer el texto. Se los agradezco de todo corazón, así como el gesto de darle «Shadows» a Ford. Les mando un ejemplar más por si se olvida de devolverlo. No, Auster no respondió: quiero creer que mi mensaje no le llegó; acá abajo del mapa uno se siente tan chiquito frente a un Auster, un Ford, un Ellis.

El otro día en Italia, hablaba de ellos con el director literario de Einaudi y le pregunté «cuál es el que tiene verdadero talento?» y me respondió «Ellis, claro».

Bien, estoy con una bronquitis, encorvado, tosiendo.

Creo que estoy de acuerdo (pese al último libro)...

Gracias también por las estampillas de Tennessee Williams.

Acabo de descubrir un libro notable de Cormac McCarthy, «Blood

Meridian», que leo en francés porque no ha sido traducido al castellano. No sabía nada del autor y gracias a internet ahora tengo hasta una foto, pero no sus libros!!! Los voy a pedir a Francia. ¿Lo han leído?

En caso de que necesiten un libro mío en castellano, háganmelo saber, o en italiano o en hebreo, lo que quieran.

Me ha honrado un premio en Italia, el Scanno, que consiste en tres kilos de oro!!

Es un premio digno de los piratas de Salgari.

Muchos cariños.

Oswaldo Soriano».

No imaginábamos su muerte. El 29 de enero sonó el teléfono cuando estábamos por salir a cenar. Era mi papá. Ahí entendimos que La hora sin sombra había sido una despedida a Manuel. Una manera humilde de aceptar que no lo vería crecer.

Nos quedó la copia de un fax que le mandamos a Catherine, su mujer, como un gesto de agradecimiento y cariño. Como a tantos otros, la muerte de Soriano nos dejó más solos. Sus

personajes dejaban cartas en postes restantes inexistentes. Yo hago lo mismo: le sigo escribiendo, le cuento que el mundo no anda nada mejor desde su partida. Nunca me animaría a contarle que Ford fue a Buenos Aires y dijo que Trump era un dictador como Perón.

Sentada en el Golden Gate Park, le leo en voz alta párrafos de 4, 3, 2, 1 de Paul Auster. Siento que ahora el inglés ya no es una limitación para él. Lo imagino leyendo el capítulo donde ese adolescente sentado en la quinta fila del Thalia Theater sueña viendo *The Children Paradise*.

“Mañana voy a Rosario, justamente, a recibir no sé qué premio y a dar una charla con Fontanarrosa, que como hincha de Central, me ha regalado una camiseta del Centenario por aquella vieja alianza con San Lorenzo. Sabrán disculpar”. Nunca pudimos aclararle que nosotros también éramos canallas.

Estas cartas ahora están guardadas dentro de una copia de *Shadows*. Nosotros ya no caminamos por el Barrio Latino buscando un diario Clarín de la semana pasada o un ejemplar de la revista Humor para reírnos con las sátiras de Grondona White. Ahora todo está en internet. Ese invento que a él tanto le fascinaba.

El Barrio Latino ya no tiene casi olor a pis como en esos años. Los murales están pero los artistas ya no pueden vivir allí por el precio de los alquileres. Sus dibujos cuentan historias de las redadas de la migra, de los campos de detención y niños enjaulados separados de sus padres. Las corporaciones marcan el paso.

En muchos libros, deben estar guardadas sus cartas. Esa muestra de amistad y agradecimiento hacia sus lectores y amigos. Soriano tenía esa magia, la de crear correspondencias.



ESCRITOR INVITADO

El gorila más odiado

Por **Adrián Abonizio**

Ilustración: **Max Cachimba**

El hecho ocurrió por zona sur, en una calle arbolada. Una casa vieja y el pibe que la hereda. Sin saber qué hacer con ella, ya que está casi en ruinas una noche siente encenderse una lamparita -voy a poner una Mansión del Horror. Y a la mañana escribe una carta a la compañía Disney. Transcribo algunos párrafos: "...y como ustedes van a liquidar algunos juegos con monstruos quisiera saber si ya están a la venta, los precios y el valor del envío..."

Una noticia aparecida en un rinconcito del diario lo empujó a la peregrina idea de ofertarse como comprador. Nada respondieron -que se metan sus cosas en el culo, yo voy a hacer mis monstruos pero de carne y hueso - me dijo una mañana. En la vieja casona organizó un laberinto con plástico negro y unas luces que se encenderían al paso del visitante. Una copia de lo que fuera el viejo Tren Fantasma del parque Independencia. Sobre las ochavas colocaría gente disfrazada de dráculas, zombies, frankensteins, momias y demás criaturas. Un equipo de sonido con gritos y música de película de miedo haría el resto. En la entrada -una puerta de garaje desmontada- habría una barra y unas mesitas para expendio de bebidas. La entrada sería módica y la gente del lugar -barrio pobre bañado por la luna y las luces policiales- habría de asistir al fenómeno. Era una fija. Así ocurrió: en el día de la inauguración la gente humilde ya formaba una cola de casi una cuadra. El pibe estaba exultante como un inventor ante su prodigio. -Te lo dije, te dije que iba a funcionar- decía mientras me apretaba el brazo. -Vamos a poner después arañas humanas (?), lobizones mecánicos de tres metros y en el fondo

una pileta de lona con cocodrilos verdaderos. Lo miré mientras contaba los billetes. Los miraba muy fijo. -Eso sí, voy a pedir que tomen menos, hoy hubo empujones y mala onda.

Todos los fines de semana se repetía el ritual y olvidado de su promesa cada vez el pibe ofrecía más cosas: entradas al 2x1, bebidas alcohólicas baratas, fotografías con los disfrazados. Pero algo siniestro empezó a ocurrir: vaya a saberse por qué causa los muchachones habían agarrado especial encono con King Kong. Y cuando aparecía, lo molían a palos. No sé, hay seres que despiertan sorpresa y miedo: el gorila despertaba risas y bronca de parte de los morochos del barrio, que quizás verían en la figura el alma punitiva contra todos sus males. Además a veces descubrían quién estaba bajo la máscara. -¡Mirá, es el hijo de puta de Tito!, y como cobrándose alguna deuda imposible de verificar lo dejaban tirado, ensangrentado.

En el Hospital Sáenz Peña vi muchas veces en su guardia a unos tipos -siempre eran distintos- vestidos de simio, con su cabeza marrón en la mano y atontados a palos. Así fue durante todo el verano. El calor dentro del traje seguramente descompondría. El pibe se quejaba: "Nadie quiere trabajar de King Kong".

Pagaba una miseria y no le importaba la salud de sus monos. Se corrió la bola y se sabe cómo son estas cosas. El negocio floreciente podía caerse pues eran muchos los que venían por la atracción extra: fajar a un gorila, ignoto o reconocido. Luego dejaban un tendal. La gente empezó a ralea por miedo. Cuando ya no se pudo más e internaron al último valiente, paulatinamente la Casa del Terror -sus letras chorreantes de rojo desde lo alto- empezó a decaer, cansada la gente con lo que fuera novedad unos meses atrás.

Así fue que esa tarde, mientras bebíamos en el patio y habiendo contemplado el laberinto destrozado, los papeles en el piso, los puchos propiciando el incendio, las latas de cerveza tiradas, el olor a derrota, el pibe filosóficamente largó el humo de su cigarrillo y me tiró aquella frase, resignada y final: "Estoy hecho mierda, voy a tener que cerrar. No me duran los kinkones".



EUGENIA CRAVIOTTO CARAFA,
CANTANTE DE MAMITA PEYOTE

“Tenemos que ser más pillas, tenemos que construir desde otro lugar”

De carácter frontal, es la líder de un grupo que en sus nueve años de historia hizo un curso acelerado de crecimiento. Se aleja de discursos efectistas, esquivo divismos, fija posición sobre el cupo femenino en conciertos y rescata aquella primera vez arriba de un escenario, cuando aún era una niña en Firmat

Por **Edgardo Pérez Castillo**

Foto **Sebastián Vargas**

Un escenario en Firmat marcó el destino de Eugenia Craviotto Carafa. Todavía niña, subió a tablas para interpretar a una bruja como parte del elenco que conducía el experimentado director rosarino Eduardo Ceballos. “Nunca más olvidé esa sensación, que ahora traduzco como adrenalina: yo estaba en la primaria, no recuerdo cuántos años tendría, pero me embargó plenamente, me encantó, sentí algo que nunca había sentido antes. Fue algo impresionante, rarísimo. Y quería sentirlo siempre”, recuerda quien hoy se luce como cantante de Mamita Peyote, la banda que fundó en Rosario hace casi una década junto a su pareja, el guitarrista y director musical Charly Bertolín, y que se apresta a dar el salto hacia la escena internacional.

Ya desde su aparición en el circuito rosarino en 2011, Mamita Peyote puso en juego un perfil sonoro multirrítmico, con un buen anclaje en el reggae pero abarcando además elementos de distintas músicas de tradición popular latinoamericana, con canciones de espíritu celebratorio y paladar festivalero. Desde una autogestión profesionalizada, la dupla creativa Bertolín-Craviotto Carafa se consolidó como una usina de producción que captó la atención de público y crítica con una propuesta que naturalmente se asoció como heredera de Mimi Maura y que, con la misma naturalidad, en Rosario encontró puntos de conexión con los repertorios populares de proyectos como Chiquita Machado, Huevo de Iguana o Girda y los del Alba. Aunque, claro, las asociaciones se dieron sustancialmente gracias al liderazgo de sus figuras femeninas, partícipes de un avance social y cultural que en noviembre de 2019 recibió un celebrado

universitarios en Derecho lo cambió todo. Sin embargo, el mayor impacto a su arribo a la ciudad se dio por la puesta en contacto con una escena musical amplia. Y fue el jazz el que despertó nuevamente la vocación por el canto: “Yo vivía en Rioja y Oroño, y en Balcarce y Rioja estaba el bar El Museo, donde se hacían unas jams de jazz que organizaba Gregorio Tisera López. Empecé a ir muy asiduamente, veía chicas cantar y me empecé a picar. Una vez fui con mi prima, estaban tocando Killing me Softly y ella me dijo: ‘Te morías de ganas de subirte a cantar’. Eso me marcó. Empecé de vuelta a querer cantar, pero no se me había ocurrido componer, sino interpretar para el lado del jazz, del R&B, del blues”.

Esas músicas de raíz negra formaban parte del menú familiar, junto a Los Olimareños, Inti Illimani, Mercedes Sosa. También, con la operística que nutría a uno de los dos programas que su madre conducía

“Tuvimos una discusión muy grande con mi vieja sobre el cupo femenino, sobre el 30%. Debatíamos sobre si está bien o mal llegar a un lugar por un cupo, más cuando es una cuestión cultural”.

espaldarazo con la sanción de la ley nacional que garantiza un cupo femenino del 30% en festivales. Un movimiento que en esta ciudad se organizó en torno al Colectivo Mujeres Músicas Rosario, que agrupa a más de medio millar de artistas.

La colaboración de Craviotto Carafa con ese colectivo, como también a la asociación El Qubil (pionera en la organización del colectivo musical independiente de Rosario) y a Canción Urgente, no puede dejar de pensarse como un resultado inesperado de aquella primera actuación ante el público, cuando asistía a los talleres de formación artística impulsados por la Municipalidad de Firmat. “Me fui abriendo más la cuestión a lo musical, guitarra, teclados, coros –detalla–. Después me alejé un poco durante la secundaria. Estaba en otra, leía mucho, los domingos estudiaba filosofía con Antonio Motti, un gran amigo, un erudito. Ahí no le di mucha más bola a la música, hasta que en los últimos años del secundario sí busqué darle forma a alguna banda, pero nunca con mis propias composiciones”.

Su llegada a Rosario para iniciar estudios

por FM Arco Iris de Firmat. Y remarca: “Mi vieja y mi viejo siempre tuvieron una cabeza muy abierta. Ahora me pasa que se está potenciando el feminismo y veo que hay chicas que toman cosas como si fueran algo raro pero para mí fue siempre natural. Siempre fue muy matriarcal mi familia. Crecí en ese ambiente, entonces toda la vida tomé con naturalidad cosas que ahora estoy empezando a ver en otros lugares”.

–Formás parte del Colectivo Mujeres Músicas Rosario. ¿Esa naturalización te lleva a tener otra mirada respecto hacia dónde debe ir el movimiento?

–Sí, puede ser. Es una charla que estamos teniendo cuando nos juntamos a comer en familia los domingos. Tuvimos una discusión muy grande con mi vieja sobre el cupo femenino, sobre el 30%. Debatíamos sobre si está bien o mal llegar a un lugar por un cupo, más cuando es una cuestión cultural. En el desarrollo del derecho, o consiguiendo un derecho como en el ejercicio de la política (que haya cupo para diputadas, senadoras), mi vieja lo veía un poco más, pero no entendía por qué se da

en el arte, donde si estás ahí es porque sos bueno, porque tenés algo para decir. Ella mencionaba a Janis Joplin, Ella Fitzgerald, Mercedes Sosa, que no necesitaron ningún cupo. Un poco comparto eso, pero le trataba de explicar la importancia de tener de alguna manera un refuerzo, con movimientos atrás, con el colectivo de mujeres, que consiguen logros. Por ahí no están tan buenas todas las propuestas, pero tampoco están tan buenas todas las propuestas de los hombres. Son herramientas para subsanar tantos años de injusticias desde que el mundo es mundo. Toda herramienta que venga a modificar una situación de desigualdad me parece fantástica. Después está lo que cada uno tenga para aportar. Hay gente que necesita estar dentro de un colectivo para tener mayor visualización y gente que no, por el factor que sea: por sus canciones, su carisma, su forma de trabajo, si le pone todo o lo hace a modo de hobby. Hay muchos factores, pero está buenísimo que nos unamos todas, todos, todes, porque siempre las revoluciones se dieron en lo colectivo. Lo charlamos mucho con Isabel de Sebastián, que un poco de ella y de Celsa Mel Gowland, salió esta idea del cupo del 30%. Por ahí no compartimos algunas formas que se dan, o actitudes maniqueas extremas, que son contraproducentes. Los grandes cambios sociales son difícilísimos de hacer entender, entonces me parece que tenemos que ser más pillas, tenemos que construir desde otro lugar. Es difícil esto que voy a decir, pero a veces se habla, o se hace, desde mucho resentimiento, o desde cosas muy personales. Porque así como en mí hay cosas que son naturales, en otros casos son todo lo contrario, hay mucho sufrimiento, historias de abuso, de maltrato, entonces salís con bronca a querer patear todo. Y es necesario, porque ninguna revolución se hizo desde la tranquilidad, pero creo también que tenemos que ir con mucho más cuidado con los discursos, las acciones. Porque el derechaje se agarra de eso para quitarle legitimidad. Puedo entender que es importantísima la condena social, y estoy de acuerdo, pero también es un arma de doble filo muy peligrosa. Tenemos que encontrar algún tipo de protocolo, que esto se ordene y la condena social sea una herramienta cuando otras instancias, como la Justicia, no responden de la manera que tienen que responder. Ningún tipo de tibieza llevó a ningún lado. Me parece fantástico el

fervor con que se vienen haciendo las cosas, pero por ahí no estoy tan de acuerdo con los escraches en los blogs, habría que elaborar una especie de protocolo para que, cuando la Justicia falle, seamos una segunda red como sociedad. Sabemos adónde nos han llevado la posverdad, los trolls, la manipulación de la información, ya como país y como mundo sabemos que lleva a que se profundicen las diferencias, al fomento del odio. No sirve de nada.

Alejada de discursos efectistas, esquivando divismos, desde su carácter de líder de grupo, Craviotto Carafa entiende que su condición de mujer y carácter frontal derivaron en lo que, entiende, es el costado más cruel de la historia del grupo. “Por todo lo que me toca lidiar como mujer y como líder, pasé mucha mierda y la sigo pasando, pero hay que meterle y seguir para adelante –reconoce-. En toda esta aventura de Mamita Peyote la dinámica grupal siempre fue difícilísima, al punto que tuvimos que trabajar con músicos sesionistas. Empezamos con la idea de que todo fuera súper horizontal, donde todos opinábamos, todos trabajábamos y aportábamos. Pero en realidad era mentira: porque todos opinábamos pero no todos hacíamos cosas. Así hubo un primer recambio. Después de trabajar con músicos sesionistas trabajar con amigos es muy difícil, porque tenés que terminar pidiendo que no toquen en cualquiera. Y el último recambio tuvo que ver con eso: eran grandes amigos, pero todas las fechas eran un reviente, todas las giras eran como Bariloche, todos los ensayos de la misma manera. Los mayores dolores de cabeza, todo el trabajo que no nos dieron otras cosas, fue con la dinámica grupal. Porque te terminás peleando con gente a la que querés un montón, y si decís las cosas sos insoportable, loca. Y la que habla soy yo, porque digo las cosas. Siempre me pasó eso, no me guardo nada

–Mamita Peyote es una banda que aborda múltiples géneros musicales, algo que siempre se favorece con las dinámicas grupales.

–Sí, pero estamos trabajando igual que siempre. Con los chicos que estábamos antes, venían trabajando como sesionistas desde hacía cuatro años. En esos años estuvo todo fantástico hasta que volvimos a caer en las mismas situaciones. Pero en

sí, durante todo este tiempo Carlos trabajó como director, siempre en lo musical él tenía la última palabra. Después con las letras, salvo algunas colaboraciones, son mías, porque si lo canto tengo que sentirme representada. Antes tenía miedo de no poder escribir y ahora no puedo cantar cosas que no sean mías.

El “antes” al que refiere la cantante y letrista se remonta a los comienzos mismos del proyecto, cuando luego de haber formado parte de Blue Mood y María y sus Zapatos, decidí iniciar la aventura peyotera junto a Bertolín: “No sabía sobre qué escribir, había tantas cosas escritas, no sabía si iba a poder escribir. No me animaba. De repente empecé, Franco Dolci (que era uno de los músicos de la primera formación) trajo la estrofa de No me digas y Eterna, yo empecé a escribir sobre eso, hice los estribillos, y fue como que algo se destrabó. Ahora me encanta, escribo todo el tiempo, leo mucho para encontrar palabras, texturas, cosas que me parece que me pueden servir, que me inspiran. Me gusta mucho la narrativa, libros de filosofía, de historia. Hay un libro que me sirvió muchísimo, durante mucho tiempo, que fue Mujeres tenían que ser, de Felipe Pigna. También Filosofía en el barro, de José Pablo Feinmann.

—¿Cómo se traducen esas lecturas? ¿De qué manera se transforman en canciones?

—A veces, en alguna canción, invento una historia. Si no, simplemente, empezamos a maquetar alguna canción en un ensayo, surge una armonía, y empiezo a buscar la musicalidad de las palabras. Muchas veces aparecen así algunas ideas, como una improvisación de rap, de trap. También hay cosas que tengo pensadas, que me gustan, y empiezo desde ahí. O busco en cosas ya escritas que todavía no tienen música, y pido que me armen una línea de bajo, o una guitarra con determinadas características. Trato de expresar las necesidades, como desde un lugar de producción. A veces me sale escribir como más escupido, pero trato siempre de poner las cosas de manera más poética. A las canciones las estoy modificando todo el tiempo, hasta cuando entro a grabarlas. Si me cierra más la métrica del fraseo, la armonía de la canción, lo cambio. Pero intento decir las cosas no tan literalmente. A veces por ahí me hincho las pelotas y quiero decir las cosas más de frente.

—En este sentido, ¿te genera algún conflicto publicar textos en las redes con tus posicionamientos políticos personales sabiéndote líder de una banda que es popular, pero sin carácter de protesta?

—No, creo que es muy importante. Por todo esto de cómo crecí, cómo viví, no lo entiendo de otra manera que no sea tratando de dar una opinión, tratando de construir conciencia desde mi lugar chiquito. Mi concepto preferido es el de pensamiento crítico. Por ahí en lo personal me sale naturalmente hablar de eso, lo hablamos con mi familia, con mi pareja, con la banda, porque sale un tema de coyuntura y terminamos hablando de eso. Me parece más importante eso que mostrar en las redes las cosas que hago todo el tiempo. Intento hacer uso de las redes, aprovecharlas, pero todavía soy medio old school: no me cabe ni ahí poner fotos de mis vacaciones, o tener que ver adónde se fue de viaje alguien que ni siquiera conozco en persona. Celebro su existencia como medio de difusión. Y me parece importantísimo que quien tiene un micrófono, un poquito de atención, haga su aporte en cuanto a la construcción de un mundo mejor. Aunque parezca un cliché, o un lugar común.

Si de lugares de exposición se trata, en sus nueve años de historia Mamita Peyote supo hacer un curso acelerado de crecimiento. La bio en su web lo sintetiza: para 2012 el grupo ya teloneaba a referentes internacionales del rock y reggae (The Wailers, Armandinho, La Vela Puerca), en 2013 fueron premiados en el programa nacional Igualdad Cultural y finalistas del Rototom Reggae Latino; al año siguiente publicaron su debut epónimo por el que, en 2015, lograron una nominación a los premios Gardel en el rubro Reggae y Música Urbana (en ese mismo período, fueron declarada banda distinguida de Rosario por el Concejo Municipal). Tras su paso por Cosquín Rock en 2017, el 2018 incluyó la publicación de su segundo disco, Runfla Calavera, con el que repitieron nominación a los Gardel y fueron premiados en el Independent Music Awards de Nueva York. En medio de todo ese periplo, el grupo fidelizó a su público con los convocantes Festines Peyoteros, actuó en distintos escenarios nacionales y realizó giras por Chile y Estados Unidos. El extenso recorrido incluyó

también una participación en Bafim (Buenos Aires Feria Internacional de Música), lo que terminaría abriendo nuevas perspectivas para la banda rosarina.

“Gracias a todas esas cosas, a todo ese laburo que hicimos recontra-artesanalmente con Carlos, repartiendo volantes, pegando afiches, yendo a ferias musicales, fuimos logrando cosas. Así llegamos a la puerta de Ana Poluyan y Eduardo Sempé, dos pesos pesado de la música argentina. Ana fue presidenta de la Asociación Argentina de Managers Musicales y representa a Pericos. Y Edu fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Managers Musicales, es dueño de la productora Rock&Reggae, de las Fiestas Clandestinas, el Estadio Malvinas Argentinas. Ahora estamos aprendiendo a laburar de otra manera, porque ya tenemos ese respaldo. No somos más nosotros dos solos por el mundo buscando fechas, espacios. Ahora tenemos ayuda, estamos aprendiendo a trabajar con ellos, armando estrategias de desarrollo de la banda. Hasta ahora tenemos mucha suerte porque nos dan total libertad creativa.

Para Ana Poluyan, la proyección del grupo es aún más amplia. “Imaginamos a Mamita en la escena de festivales latinoamericana, sin dudas. ¡Tiene todo el potencial! Los conocí en el BaFim 2018. El grupo de compradores internacionales estaba recebado con Mamita, especialmente un español, Alberto Cañizares, que literalmente me convenció de firmarlo el día que los conocimos con Edu Sempé. Fue amor a primera vista”, grafica la manager, que no duda en delinear rápidamente un perfil de la cantante: “Eugenia es un ser mágico y maneja un nivel de energía muy alto. Tiene un talento único, y es una gran persona”.

—¿Aquella formación teatral de tu infancia también te dio herramientas?

—Sí, sobre todo para soltarme cuando tocamos. Igual sale naturalmente, no pienso en lo que voy a hacer: subo al escenario, cierro los ojos y ya está. Pero sí, tiene que ver con volver a sentir esa adrenalina de aquella primera vez que subí a un escenario y que no olvido más. Son lugares comunes, pero me pasa eso: es una conexión, es algo mágico, inexplicable. Ojalá lo pueda sentir siempre.

LA ESCENA ROSARINA

Luego de dedicar los últimos años a perfeccionar su formación vocal, Craviotto Carafa se sabe al frente de un proyecto musical que no pierde de vista los vínculos construidos en Rosario. Así, además de la fecha pactada para el 11 de abril en el Centro Cultural Güemes, la banda definió dos nuevas actuaciones en la ciudad: en julio, como celebración de su noveno aniversario, grabarán en vivo las versiones acústicas de *Runfla Calavera*, y, para el cierre del año, ya iniciaron los preparativos para un show junto a una big band de treinta músicos y arreglos de Bruno Lazarini y Pablo Devadder.

Su posición de privilegio dentro de la escena, sin embargo, no corre a la cantante de una mirada crítica del entorno: “Desde que arrancamos, la escena rosarina vio modificaciones. Por un lado, la falta de espacios para tocar sigue estando igual. Hay mucha connivencia a nivel municipal con productores, con algunas cuestiones que tienen que cambiar. Por ahí los grandes productores de Rosario tienen más facilidad para conseguir recursos de la Municipalidad que una banda que se autogestiona. Nosotros no nos podemos quejar, porque siempre nos han ayudado, pero es también porque uno va y rompe las bolas. Está mal que sea así, porque tiene que ser para todos igual”.

“Con respecto a los cambios -agrega-, antes estábamos más acostumbrados a la figura de un productor que venía, armaba la fecha, vos tenías que ir a tocar sin preocuparte demasiado por la producción y la logística de la fecha. Nosotros lo agarramos desde otra perspectiva, de movernos mucho más, conseguir los lugares, el arreglo, salir a pegar afiches. Laburarla a pleno, como se debe, no simplemente con la labor de ir a ensayar y tocar una noche. Nos empapamos de todo. Eso te da una perspectiva más amplia, de cuestiones que tienen que ver con la industria. Porque la música es arte, pero también es industria. Y concluye: “Apenas empezamos a laburar, y a pasarnos cosas hermosas, muchas bandas nos escribían”, al toque se dieron cuenta que teníamos una forma de manejarnos más comprometida a muchos niveles de laburo. Nos decían que éramos referentes, nos preguntaban, nos pedían data. Estamos hablando de hace casi diez años. Y por ahí suena a autobombo, pero eso pasó”.

LEANDRO BARBIERI

La sombra del Gato

Los orígenes del gran saxofonista del jazz nacido en Rosario: una crianza en un contexto humilde, la pasión por Nùls, una escuela ejemplar, una madre y un tío que resultaron clave en sus inicios musicales y finalmente la decisión familiar de partir hacia la gran ciudad

Por Horacio Vargas

Las dos Juanas

*Juana Manso/ Juana Blanco/ las dos Juanas/
de mi pago/ Juana la de los oficios/ de la
música y el canto/ Juana de las dulces letras/
de paloma, nube y árbol/ -cuántas Juanas/ en
mi pago/ maestras de mis maestras/pequeño
sol cotidiano/ blanco/ manso/ laico.*

*Juana Manso/ Juana Blanco/ las dos Juanas/
de mi pago/ les haremos una ronda/ todos
juntos de la mano/ -arroyito rosarino/ de
delantalitos blancos/ -vamos, Juanas/ al
trabajo/ llamando va la campana/ a dar el sol
cotidiano/ blanco/ manso/ laico*

Letra y música, Chacho Muller

I

Paso mi vida cantando/ Cantando el adolecer/ Y mi vida que fue divina/ Jugando en la cancha de Nùbel/ En esos divinos árboles. Podría ser la voz de un poeta pero no lo es. ¿O sí? Es una voz tenue, casi de un abuelo angelical, que improvisa frente al micrófono abierto del estudio de radio de LT8 de Rosario, una noche de hace unos cuantos años.

Vicente Barbieri –cuyo padre renunció a los hábitos y se tomó un barco en Italia hacia Sudamérica y conoció

Gentileza Gato Barbieri oficial



La China, la mamá del Gato.

a su mujer en Entre Ríos– y Adalcinda Rosa Gimelio –a la que ningún familiar llamaba por su nombre sino por el seudónimo de China, por sus achinados ojos cuando nació–, tuvieron tres hijos: Rubén, el mayor, Leandro y Raquel, la menor. Vivían en la pieza del fondo del inquilinato ubicado en Montevideo 1465 de Rosario (si uno pasa hoy frente al lugar, en pleno centro, encontrará un edificio de departamentos). “Era como un conventillo”, grafica Raquel en diálogo con **Barullo**. En la habitación a la calle, vivían la nona, sus dos hermanas solteras y su hijo Mario, el hermano menor de los ocho Barbieri desperdigados en la Argentina del 1900.

Para la memoria de los pibes de la década del 30, la casa natal era el punto de partida hacia la felicidad: el parque Independencia, donde se mezclaban hijos de italianos y españoles en un picado de fútbol a la espera de gritar gol desde la tribuna de tabloneros un domingo a la tarde; el inmenso patio de la casa cuando la diversión infantil en la calle se interrumpía ante la llegada “del autito”, como le decían, pícaros, al móvil policial detrás un solo objetivo operacional: arrebatarles la pelota. Los pibes, veloces, escapaban y se introducían en el largo pasillo hasta que la China abría la puerta y los introducía en la casa paterna. Cuando los policías golpeaban la puerta, la mujer simulaba: “Los chicos acá no están”.

El resto del día, el niño Leandro lo completaba participando en carreras de autitos a piolín. Una punta del cordel delgado se ataba a la muñeca de su mano y la otra se enganchaba a la parte delantera del juguete. El siguiente paso era arrastrar el autito por la vereda, correr delante de él, tirando de la piola. Su padre Vicente –de oficio carpintero y ebanista, apasionado de la ópera y del sonido del violín, hombre de gesto adusto- le hacía modelos especiales, con ruedas inmensas. Siempre fue el último en llegar a destino pero no le importaba. Se consolaba pensando que era por ser el menor de los amigos que corrían y se divertían.

Raquel recuerda también su travesura personal. Como tardaba en regresar a la casa, su madre salía a la vereda a esperarla. La espera se hacía larga e inquietante. La China respiró aliviada cuando descubrió que su hija y una amiguita salían del escondite: la iglesia ubicada a pocos metros de la casa que aún se mantiene en pie en calle Montevideo al 1400 como templo evangelista.

En ese tiempo, Leandro solía ser desgraciado en el colegio. Prefería decir que no había estudiado antes que sufrir la pesadilla de pasar al frente: era tartamudo y las lecciones orales se parecían al infierno.

–Una mañana empezó a tartamudear... el tartamudeo no se sabe de dónde viene, si es por susto, si es algo psicológico... De grande lo supo manejar mejor al tema, si viste la película *El discurso del rey* verás que el personaje aprende una técnica cuando debe enfrentar al público – recuerda su hermana.

II

Belén, Canteli, Pontoni, Morosano y Ferreyra... Leandro repetía de memoria los nombres de la delantera famosa de Ñuls frente a su padre, fanático leproso como toda la parentela que habitaba el conventillo. El día que debutó yendo a la cancha –un ritual en compañía de su padre y el hermano mayor– disfrutó de las gambetas y el toque corto de los muchachos de Newell’s pero el equipo perdió. –Qué se le va a hacer –lo consoló Pontoni cuando se cruzó con el joven hincha.

Rosario, 1999. Ha regresado a la ciudad tras 45 años de ausencia. El 13 de marzo toca en el Monumento a la Bandera ante miles de personas que asisten al concierto. “Soy un tipo nostálgico, aunque trato de no nostalgarme, pero lo que más extraño de la Argentina es Newell’s Old Boys”, le responde a un periodista.

Su hermano privilegiaba estar en la calle antes que estudiar. “Era un buen estudiante, pero vago”, lo recuerda Raquel y estalla en risas. Por llevarse materias a marzo, don Vicente lo castigó prohibiéndole salir de la casa y asistir a la cancha “Y Rubén, como era cocorito, delante de él rompió el carnet de Ñuls y lo tiró al suelo”, cuenta Raquel sobre ese acto impertinente.

–¿Por qué hincha de Ñuls? –le preguntó el periodista Marcelo Mogetta, de público origen rojinegro, en su programa de radio.

–Porque nació acá –contestó Leandro, cuando ya era el Gato.

–¿Herencia familiar?

–Todos los Barbieri eran ñubelistas.

Buenos Aires, 1995. Rubén fue dueño de un kiosco en pleno centro porteño con cabinas telefónicas habilitadas para llamadas al exterior. Desde allí, contactaba a su hermano para contarle las maravillas que hacía “Mansito”, en alusión a Diego Manso, el creativo volante que tuvo Ñuls.

Nueva York, 5 de mayo de 2011. Ingresa a un estudio de grabación. Ha sido convocado a grabar el himno de su club. Una producción del club junto a la “Filial Nueva York”, que luego se emitiría en la televisión pública argentina y que los hinchas se encargaron de viralizar en las redes sociales. El Gato entra emocionado al estudio. Saluda con los brazos en alto, acaso como si saliera del túnel del equipo local. “Por eso soy de Ñulsoiboy”, entona el cantante en la pista grabada y él repite la frase con su saxo en un tono de jazz latino. Toca sentado, con sus grandes anteojos, sin su sombrero de ala ancha, acaso porque se siente en casa, tiene el pelo blanco, los auriculares colgados en las orejas mientras un banderín con la sigla NOB, colocado estratégicamente por los productores del video, sobresale de fondo. Se lo ve feliz: la cámara, de espaldas a él, lo registra haciendo movimientos con sus brazos extendidos al ingeniero de grabación y se detiene en sus zapatos negros y medias rojas. “Acaso es causal de mi alegría...”.



La Infancia Desvalida, donde todo empezó.

Es declarado Socio Honorable de Newell's. Ante la pregunta recurrente de los periodistas sobre la ciudad que había encontrado, contestó: “Rosario ha cambiado mucho. A Manhattan yo la conozco, sé dónde ir para arreglar el saxofón, comprar esto, lo otro... acá no, acá no”.

III

La madre estaba preocupada por el futuro de los varones. –Tenemos que sacarlos de la calle –le decía a su marido.

La opción era enviarlos a una escuela de nombre significativo, un lugar maravilloso de contención y creación para pibes pobres. Además de estudiar, los chicos podían elegir un instrumento musical para aprender a tocar de acuerdo a la contextura física. Había que pagar un peso por mes. Pero nadie se molestaba en cumplir con semejante obligación.

A Rubén le tocó la trompeta. A Leandro el clarinete. Él quería tocar la trompeta como su hermano mayor (le llevaba cuatro años) pero la madre se opuso. –No, dos trompetas no. Y se terminó la discusión.

El nombre del establecimiento aún sobresale en el frente de la escuela de Pasco al 400. Si uno alza la vista podrá leer en el edificio la siguiente inscripción: “Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida”, un proyecto pedagógico donde por la mañana funcionaba una escuela primaria y por la tarde un taller de “Artes y Oficios”. No sólo se aprendía música, sino también corte y confección, jardinería y carpintería. “Nuestras pretensiones son modestas. Que ningún niño quede sin instrucción dentro del municipio, proveyéndole vestidos, útiles escolares y cuanto fuera menester”, explicaba su impulsora Juana Elena Blanco. De riguroso vestido negro, aparente fragilidad física, la gran maestra rosarina era enérgica y vehemente, lo suficiente para conseguir que la incipiente burguesía rosarina la ayudara a sostener la Sociedad Protectora.

El perfil de la señorita Blanco era mucho más que un espíritu filántropo. Se definía como una “modestísima obrera de la difusión cultural”, pregonaba el aula taller y educar como un trabajo desinteresado y vocacional.

Rosario, 2011. El Gato recuerda: “Yo estudié música en Rosario cuando era chico y en ninguno de los países en los que estuve, en Japón, en Rusia, en China, en Italia, nunca encontré una escuela tan divina. En ese sentido

tengo que decir que Rosario es una cuna de música”.

El maestro Alfredo Serafino se encargaba de dictar, con rigor, las clases de música. Los Barbieri y otros pibes llegados de la periferia podían aprender composición, piano, bandoneón, violín, bombo, charango, trompeta, clarinete, tuba. No faltaba nada. Todos debían

estudiar, no era cuestión de pasar el rato. La escuela –con espíritu socialista– proveía el instrumento. Y cuando algún alumno reo se encargaba de hacerle visible a Serafino que andaba armado y no iba a aceptar ninguna imposición en clase, u otro se animaba a descerrajarle un golpe, aparecía el profesor Ladaga, quien con sus enormes manos ponía las cosas en su lugar.

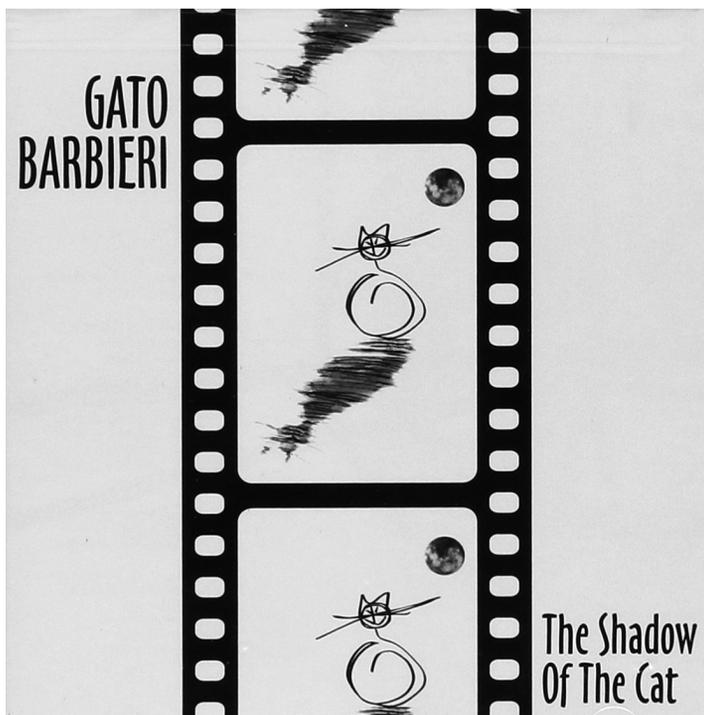
Rubén faltaba a clases.

–¿Por qué no viniste ayer? –le preguntó el maestro apenas lo vio ingresar a la escuela.

–Tuve que hacer mandados para mis padres –contestó el pibe.

La respuesta no lo convenció a Serafino. Había que enseñar también música a trompadas a esos reos infernales, pensaba. Con sus manos tomó la cara del adolescente, quien inmóvil sólo atinó a cerrar los ojos cuando vio venir el impacto de la mano derecha del profesor en sus dos mejillas. “A mí no me mientas nunca más”, le ordenó.

Rubén, ¿te preguntó en qué tono suenan esos dos cachetazos?



Aires donde tocaban, entre otros, Hernán Oliva y Horacio Malvicino, dos figuras emblemáticas que trascendieron con el paso del tiempo. Su agrupación tocaba en radios Belgrano, Mitre y Splendid y era seguida por grandes audiciones. De gira por Rosario, Cospito lo escucha tocar a Rubén en un club de barrio, se sorprende de su toque y le ofrece un

contrato como primera trompeta de su banda. A punto de cumplir 17 años, el pibe formado en la Infancia Desvalida tenía a su alcance la gran oportunidad esperada: ser músico de jazz en la gran ciudad.

Rubén partió solo a Buenos Aires, donde lo esperaba una hermana de su mamá que vivía con su marido (carpintero como su padre) en Alberti y Carlos Calvo. Él prefirió instalarse en una pensión de Once con la plata que le dio su padre. “Se lo comían las pulgas –recuerda su hermana–, no comía bien...”. Rubén apareció finalmente en la casa de la tía que le dio cobijo. Cuando la China se entera del gesto de su hermana, obliga a su marido a preparar la mudanza del resto de la familia a Buenos Aires. –Tenemos que irnos, no podemos dejarlo solo a Rubén.

En 1947 y con doce años, **Leandro deja Rosario junto a sus padres y Raquel, de cuatro años. Se instalan en** una casa de barrio San Cristóbal donde vivirían quince personas. “Antes era así”, razona Raquel. Cuando Vicente, el carpintero, consigue trabajo estable se mudan a un departamento ubicado en Matheu entre Carlos Calvo y San Juan, en tiempos donde la cara honesta del inquilino alcanzaba para cerrar el trato con el propietario.

A los quince años, Leandro comienza a trabajar en una imprenta. No soporta el olor de la tinta. Su hermano le insiste en que debe dedicarse solamente a la música.

IV

René Cospito tenía un popular conjunto de jazz en Buenos

Comienza a tomar clases de requinto porque tenía manos chicas para el clarinete. Pero el gran cambio acontece cuando el saxofonista francés Alberto Hervier se encarga de su formación musical. Lo hacía practicar todos los días en un cuarto pequeño de un conventillo de techo bajo y paredes cubiertas de material acústico. Al finalizar la práctica del instrumento, el alumno exudaba, tenía el cuerpo empapado en sudor.

—¿Qué decís, pescas? —lo saludaba el francés e inmediatamente lo liberaba hasta el otro día.

V

Con dieciocho años, el tío Mario —hermano de Vicente Barbieri—, era una figura fantástica, una enorme influencia que se agigantaba cuando Leandro lo escuchaba tocar el saxofón en el largo pasillo del conventillo de Rosario. “Mario fue un tipo muy importante para él, además era buena persona”, recuerda Raquel. Fue él quien les hizo escuchar a los hermanos a Charlie Parker y Dizzy Gillespie. Se les abrió una ventana enorme a partir de allí. Nadie entendía nada en ese momento. Sólo él y Rubén, exageraba el Gato.

Aruba, 1949. *El tío de los Barbieri era clarinetista y saxofonista en el quinteto de jazz de Osvaldo Norton, un vibrafonista que desde mediados de la década del 40 se mantuvo vigente durante siete años en la confitería La Ideal de Suipacha al 300 de Capital Federal. Mario estuvo en ese grupo hasta que recibió una oferta de trabajo del músico Jorge Fasoli, al que llamaban el Conde por su fina estampa. Fasoli era rosarino, había nacido en 1908, criado en calle Cochabamba 1343, e instalado en Buenos Aires en 1930, donde comenzó como baterista hasta tener su propia orquesta de jazz y tropical en... Aruba, la pequeña isla caribeña que funcionaba como centro de vacaciones para la clase alta norteamericana. El Conde volvió al país a buscar músicos en reemplazo de colegas norteamericanos que estaban hartos de tocar esa músicaailable y preferían volver a su país. Fasoli ofrecía buena paga en dólares y estaba como turista durante un lapso importante. Mario no lo dudó. Luego de dieciséis años de estar con Norton partió al Caribe con su amigo rosarino al que acompañó luego, en la década del 50, a Estados Unidos. Fasoli siguió actuando un tiempo más —tocó con Frank Sinatra— hasta su retiro a Miami.*

Rosario, 2019. *Tres Barbieris saxofonistas. El tío Mario, el Gato... y también Maru Barbieri, quien vive en Rosario. Su padre, Virgilio, era primo segundo del Gato.*

Ella aprendió a tocar saxo tenor y alto. Tiene una banda con nombre que remite al club de jazz de Nueva York donde tocó Leandro en sus últimas presentaciones: Maru Barbieri y los Blue Note Bands. —¡Toca el saxo alto! —le cuenta ella por teléfono. —¡No! Tocá el tenor, porque vas a poder trabajar todos los estilos —le sugiere el Gato desde su departamento neoyorquino de Central Park a la lejana sobrina segunda que narra la anécdota a Barullo.

Llegó un momento en que el joven Leandro no podía continuar sus estudios en el departamento familiar: los vecinos se quejaban del ruido de su clarinete y además debía respetar el silencio porque su hermano Rubén se acostaba a las cinco de la mañana, que era la hora de volver de trabajar de músico. La madre le aconseja una táctica casera de estudio: “Metete adentro del ropero”. Pero no resultó. La solución llegó por invitación del tío Mario.

Todas las semanas, a las ocho de la mañana, Leandro y su hermana Raquel abordaban el tranvía hasta Villa del Parque. Tardaban una hora y media en llegar hasta avenida Forest. El tío les abría la puerta de una casa muy grande que compartía con su esposa y Leandro no perdía el tiempo en subir la escalera que lo conducía a una pieza chica pero suficientemente cómoda para soplar con gusto, lejos del fastidio de otros vecinos. Nunca estudiaba más de setenta y cinco minutos. Terminada la práctica regresaba a casa con la cara apoyada contra la ventanilla del tranvía. “Eran tres horas —recordó— que pasaban volando”.

La familia se muda a Parque Chacabuco. Leandro tenía el pelo muy corto, usaba anteojos oscuros —que ocultaba el astigmatismo histórico de los Barbieri en Argentina— y se mostraba tímido.

Buenos Aires, 1973. —¿Por qué siempre estás con sombrero y con anteojos? —Bueno, anteojos porque tengo que usarlos, ¿no? —¿Y los anteojos negros? —Eso es por las luces... El sombrero es porque cuando hice el primer disco, que ganó premios y cosas así, yo toqué con sombrero. —¿Es una especie de máscara? —Sí, y porque también me tapa un poco la luz.

La gran noticia es que el muchacho debutará como músico de los Hot Lovers. Para el debut era obligación tocar con traje oscuro que él no tenía. Su madre, muy habilidosa y audaz para la costura, le confecciona uno a medida. Ese mismo traje lo usó al poco tiempo cuando entró como músico profesional en la Jazz Casablanca, una orquesta de be bop muy popular por entonces.

—Tenía diecisiete años, era rápido, porque si no estabas concentrado... chau pibe —contó.



Un joven Barbieri de pelo corto y anteojos.

Rosario, septiembre de 2000. *Lo pude entrevistar en el hotel Presidente antes de su actuación en teatro El Círculo. “Yo estoy influenciado por muchos, incluso por Perón que me hizo tocar tangos y chacareras; cuando estaba en la Jazz Casablanca el General dijo que debíamos tocar tango y música folclórica, así que tuve que aprender”.*

—Me dicen Gato porque hace muchos años en Buenos Aires trabajaba en dos boites, en un local tocaba a las doce de la noche y en el otro media hora después, iba de un lado al otro corriendo con mi saxofón por las calles, como un gato —explicó más de una vez sobre el origen del seudónimo más famoso del mundo.

La China —su madre— siempre alimentó el sueño de los

hijos músicos. Leandro era su preferido. Cuando alguien se lo recriminaba ella contestaba: “Son todos iguales”.

El hijo famoso la homenajeó dedicándole un tema: *La china Leoncia arreó la correntinada, trajo entre la muchachada, la flor de la juventud* (Latinoamérica, 1997). Y una dedicatoria en el disco *The Shadow of the Cat* (2002): “Si no fuese por ti y la llama que encendiste en mí, no sería lo que hoy soy; no habría ni la sombra del gato”.

Fuentes consultadas: Rosario/12, La Capital, Un tiro al aire (LT8 Radio Rosario), “Memorias del jazz argentino”, Ricardo Risetti (Corregidor, 1994), artículos de Carlos Inzillo en la revista La Maga (1997) y Aída Bortnik en la revista Panorama (1971) y entrevista en Canal 13 en 1973.

Una impactante reinención artística

En **Ciudad de pobres corazones**, un disco excepcional surgido de una tragedia, Fito Páez cambió a, fondo su lenguaje y produjo una obra maestra, que junto a **Clics modernos**, de Charly García, le dio un poderoso envión al rock nacional en los años ochenta

Por **Diego Giordano**

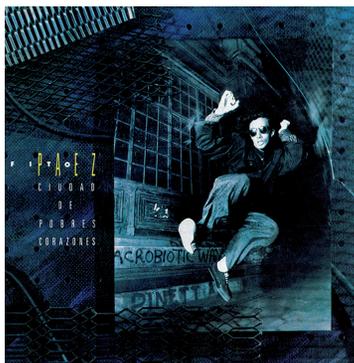
Basta con repasar videos y fotos de la Plaza de Mayo del 2 de abril de 1982 para comprobar que, en sus primeros días, la Guerra de Malvinas despertó un sentimiento de euforia en un amplio sector de la sociedad. El fenómeno no se limitó a quienes ya adherían al régimen; de golpe, atacadas por el virus del nacionalismo castrense, personas que rechazaban la dictadura apoyaban su último plan criminal.

El ámbito artístico no quedó al margen: músicos que habían sufrido amenazas y censura, como León Gieco y Litto Nebbia, aceptaron, a regañadientes, participar del denominado Festival de la Solidaridad Latinoamericana, evento que, según lo anunciado, recaudaría fondos para sostener la presencia de los adolescentes que se estaban congelando en el sur. Luego se supo que el dinero y los alimentos recolectados nunca llegaron a destino. Cuando la guerra arribó a su lógico desenlace, el rechazo a la dictadura, atenuado por el lapso de dos meses, se agudizó.

Un año más tarde, las noches del 13 y 14 de mayo de 1983, en el estadio Obras Sanitarias de Capital Federal, se realizaron los conciertos denominados “El Rosarizao”, una reprise de los recitales que se habían llevado a cabo en marzo en Rosario, en el estadio cubierto de Newell’s Old Boys.

Juan Carlos Baglietto, por entonces la aparición más fulgurante de la música popular argentina, Adrián Abonizio, Jorge Fandermole, el grupo Boulevard, Silvina Garré, Fito Páez y Litto Nebbia integraban la grilla de artistas.

En 2013, mientras realizaba la investigación para la escritura de mi libro *Inédito*, conversé largamente con Fabián Gallardo,



uno de los fundadores de Boulevard. Cuando lo consulté sobre el tema, me habló de los sentimientos encontrados que experimentó durante aquellos conciertos de Obras: “... era todo muy confuso, el público cantaba por Malvinas y puteaba a la dictadura”.

El cambio en el humor social que provocó la asunción de Raúl Alfonsín congeló la música de Baglietto en una suerte de limbo anacrónico. Por más que en las disquerías compartiera la batea con el rock, la propuesta de la llamada Trova Rosarina tenía sus raíces en la canción popular, más precisamente en el movimiento Canto Popular Rosario, de mediados de los 70.

Frente a la impronta alegre y bailable que caracterizaba el nuevo período que se iniciaba en el rock argentino, la Trova representaba el lamento postrero de una época que había terminado. En poco tiempo, las canciones que un año antes eran coreadas como himnos en los recitales comenzaron a ser tildadas de deprimentes.

Gloria Guerrero dio cuenta del fenómeno en su crónica de “El Rosarizao”, publicada en la revista *Humor* en mayo de 1983, en la que afirmaba que “a Juan (Baglietto), hoy, se lo extraña un poco. Con sus ataques

de sufrimiento esbozamos una sonrisa, pero necesitaríamos creerle en serio otra vez”.

En esta última observación retumban los ecos de una tendencia que comenzaba a permearse la música popular argentina y que evidenciaba una disminución en el interés por la llamada canción de protesta o testimonial. Si en abril de 1984 Silvio Rodríguez y Pablo Milanés ofrecieron catorce conciertos en el estadio Obras Sanitarias, epopeya que quedó registrada en un álbum doble publicado ese mismo año, doce meses después Rodríguez, Santiago Feliú y el grupo Afro-Cuba se enfrentaban a un Luna Park semivacío.

No bombardeen Buenos Aires, incluida en *Yendo de la cama al living* (1982), el primer álbum solista de Charly García, sonaba en las radios con la misma frecuencia que *Era en abril*, *Mirta*, *de regreso* y *Tiempos difíciles*, las páginas más emblemáticas de *Tiempos difíciles* y *Actuar para vivir*, los primeros dos discos de Baglietto, publicados ese mismo año. El contraste era notorio: en el período que comenzaba en el rock argentino, y del que Virus había ocupado el lugar de vanguardia efervescente, el legado nefasto de la dictadura ya no se procesaba en clave dramática sino a través del sarcasmo.

La aparición de *Clics modernos* (1983), el disco con el que Charly García escandalizó a sus viejos seguidores y a un sector de la prensa al sumarse al ya irrefrenable ingreso del rock argentino a las discotecas, y el creciente éxito de los principales grupos —Virus, Los Abuelos de la Nada y Soda Stereo— de la nueva escena, ratificaron el cambio de marea. Estas transformaciones no pasaron

desapercibidas para Fito Páez, que decidió abandonar el grupo de Baglietto tras recibir el llamado de Charly García.

Tiempo después, en una nota publicada —olvidé en qué diario o revista— poco antes de la salida de *Ciudad de pobres corazones* (1987), se incluía en un recuadro la letra de la canción que titula el disco. Recuerdo que mientras la leía, trataba de imaginar cómo sonaría, y lo único que se me venía a la cabeza era una especie de tango. Después de escuchar *Gente sin swing* en la radio, me compré el cassette de *Ciudad...* y, a partir de ese momento, Páez se convirtió en uno de mis héroes. El deslumbramiento que me provocó el disco me obligó a escuchar sus dos antecesores, a los que había ignorado.

La floja producción sonora de *Del 63* (1984) no impidió que me enamorara de *Tres agujas* y *Sable chino*; y con el paso del tiempo comprendí que *Giros* (1985) era un álbum excelente que consagraba a Páez como el mejor alumno de Litto Nebbia, porque en sus canciones aparecen, actualizadas, algunas de las directrices trazadas por Nebbia a mediados de los años 70 cuando, mientras se alejaba del rock, sintetizó elementos del jazz, el tango y el folclore para diseñar una nueva forma de canción popular. Pero al contrario de Nebbia, Páez, en su evolución artística, en 1986, iba de cabeza hacia el rock.

El origen de *Ciudad...*, como se sabe, está relacionado de manera directa con los asesinatos de Delia Zulema Ramírez de Páez y Josefa Páez, abuela paterna y tía abuela del músico, respectivamente, y Fermina Godoy, la empleada que trabajaba en la casa de Balcarce 681. El suceso impactó de lleno en la opinión pública rosarina por la crueldad de los crímenes y, también, por el hecho de que las víctimas fueran familiares del artista más famoso de la ciudad.

La zona en la que estaba ubicada la casa de la familia Páez, más allá de su cercanía con el microcentro, mantenía el perfil de Pichincha, un barrio de casas bajas salpicado por algunos edificios. Yo vivía a unas pocas cuadras y todos los días, camino al colegio

en el Expreso Alberdi, pasaba por la puerta. Si el lugar, cuya fachada estaba tapizada de pintadas de fanáticos y fanáticas de Páez, siempre irradió un aura magnética, luego de los crímenes adquirió una sombra macabra.

El sonido impetuoso y el ritmo bailable y acelerado de las canciones del maxisimple *Corazón clandestino* (1986), presentes ya en *Taquicardia*, de *Giros*, confirmaban el viraje hacia una propuesta más pop. Además, en la letra de *Nunca podrás sacarme mi amor*, Páez declaraba que estaba buscando un rock and roll que le “sacuda la cabeza”. Pero los espantosos sucesos de noviembre de 1986 llevaron esa búsqueda hacia un lugar inesperado. *Ciudad...* no solo representa la ruptura más profunda en la carrera de Páez; es también, junto con *Clics modernos*, la reinención artística más impactante de los años 80.

Un año después de la salida de *Ciudad...*, Eduardo Berti entrevistó a Páez. En el reportaje, incluido en el libro *Rockología*, el rosarino reflexionaba sobre el cambio que se había operado en su escritura: “Ya no cuento historias para que la gente las entienda, sino que busco palabras que suenen como un cross (...) Hay otras palabras, en cambio, que prefiero no usar más, como arte, pueblo, patria, que en realidad no quieren decir nada (...) los temas que escribía para Baglietto eran casi como una ópera, de tan pasionales no decían nada”.

En *Ciudad...*, la mezcla de didactismo político, hippismo tardío y progresismo que Páez arrastraba de sus días en la Trova y que había caracterizado sus primeros dos trabajos fue reemplazada de una trompada por un nihilismo frenético y paranoico —“Que se queden con su mundo, yo no me voy a enfermar más” grita en *Dando vueltas en el aire*—, casi una salida de emergencia frente a la necesidad de sobrevivir al horror. ¿El artista que cantaba “Me pregunto en qué pensaban cuando estaban por coger” era el mismo que un año y medio atrás había ofrecido su corazón a la humanidad?

El primer shock de *Ciudad...* no llegaba

con la apertura fúnebre de *Pompa byebye* sino con *A las piedras de Belén*: eyectada por un ritmo robótico, la tercera canción del álbum, pura velocidad y angustia, mostraba que la transformación era igual de profunda en el plano musical, con la actualización, un tanto tardía, a los ritmos y sonidos del pop de los 80.

Es difícil elegir el punto más alto de un disco tan parejo y sólido, con tantos pasajes destacables, desde la desencantada diatriba contra el mundo político de *Gente sin swing*, pasando por la belleza insular de *Ámbar violeta*, la desnudez emocional de *Tracktrack* o la algarabía agria e intoxicada de *Dando vueltas en el aire*.

Por tal vez el momento más revelador de *Ciudad...* se encuentre en *De 1920*, por el nuevo tratamiento al que Páez sometió a los elementos ligados al folclore y a la música popular con los que había construido sus primeros discos.

De 1920, entonces, el homenaje de Páez a Delia y Josefa, “sus madres”, como las llamaba, una suerte de chacarera dislocada impulsada por la pirotecnia sonora de la batería electrónica. Sobre el final de la canción, las dos “muchachas de 1920” vuelan a caballo hacia el infinito entre aullidos, y el contraste entre su muerte horrorosa y el recuerdo de los años veinte, cuando estaban “lejos de los ruidos, lejos del mar”, se acentúa con la repetición de un toque de arpa y el sonido de lo que podría ser una mecedora de caño oxidada en vaivén, vestigios lejanos de la infancia del autor. Es, por lejos, el momento más conmovedor de un álbum que exuda nihilismo, dolor e impotencia.

En *La La La* (1986), Páez y Luis Alberto Spinetta habían experimentado con la herencia musical argentina al ofrecer una versión posmo del tango *Gricel*. Y en el mismo álbum brillaba la hermosa litoraleña *Parte del aire*. Pero si se compara esta última con *De 1920*, queda claro que Páez, al electrificar la tradición sobre la que se había recostado en los primeros años de su carrera, llevó su visión al extremo.

DIANA BELLESSI

La traducción como alteridad del cuerpo

Por Eugenio Previgliano

En 1984, la mítica editorial Último Reino publicaba la primera edición de *Contéstame baila mi danza*, con poemas de seis norteamericanas contemporáneas en versión de su traductora, la gran Diana Bellessi, sin duda una de las poetas argentinas más valoradas. Una reedición ampliada de esta obra se publicó en Caracas en 1995 bajo el título *Diez poetas norteamericanas*.

Muriel Rukeyser, poeta, dice de sí misma que vivió en el primer siglo de las guerras mundiales y es justamente en ese convulsionado mundo de la Guerra Fría que Diana realizó su enorme peregrinación recorriendo a pie toda América, entre los años 1969 y 1975, durante la cual tuvo ocasión de escuchar diciendo sus poemas a Muriel y a otras tantas poetas. Fuentes autorizadas me señalan que este periplo dio lugar a la edición original del libro que en su nueva presentación ya no tiene seis ni diez, sino trece muestras de la poesía de otras tantas poetas, todas norteamericanas, todas mujeres.

Aún suenan en mí las palabras que Ingrid Proietto leyó en voz alta durante la presentación: “La traducción –dice Bellessi en el prólogo– exige también dar cauce a través de la emoción propia, a pensamientos y emociones de una voz ajena”.

Sería ingenuo pensar en aquella edición original de 1984, en pleno



entusiasmo por el fin de la negra noche de la dictadura y el impacto del Nunca más, sin valorar su dimensión política, poética e ideológica. No es arriesgado considerar que las seis autoras que seleccionó originalmente Bellessi compartan un espíritu rebelde, un lenguaje potente, una historia común, pero sobre todo, sus voces diversas de mujeres. Sin ánimo de discutir sobre la dimensión de género, creo que se puede pensar al libro como un diálogo político, artístico, incluso cultural, pero con mucho más peso; cabe considerarlo como un diálogo de género, de asamblea entre pares, donde debaten la traductora poeta y sus camaradas norteamericanas, cada quien desde su propia lengua,

compartiendo ya una sola subcultura imbricada en una trama mucho más compleja, pero transparente, permeable a la poesía.

Así el libro se abre con un ensayo titulado *Género y traducción* donde Diana Bellessi confiesa que la tarea central de su vida ha sido la escritura del poema, que vendría siendo algo que aparece primero como ritmo y recién después, en su manera propia, despliega significados. “La traducción como alteridad del cuerpo respirando la música de otra lengua”, apunta.

Enorme y difícil tarea esta traducción, este diálogo que acrecienta su valor en la nueva edición bilingüe de más de seiscientos páginas para atesorar. El carácter bilingüe de la obra destaca este valor: Bellessi no ha temido exponer su versión al contraste con los originales y todo lector, cada lectora, pueden justipreciar con su propia vara la encantadora traducción bellessiana midiéndola con las versiones en inglés.

¿Qué clase de correspondencia maravillosa y oscuramente indeleble es la que une los textos originales a la versión de Diana si no es la hebra fina, delicada, tenaz y fuerte que constituye siempre y en todo lugar a la poesía? Estas y otras preguntas rondan mi cuerpo y espíritu mientras sigo buceando sus seiscientos y tantas páginas, poesía para un largo rato.



Universidad
Nacional
de Rosario

COLECCIONES



UNR
EDITORA

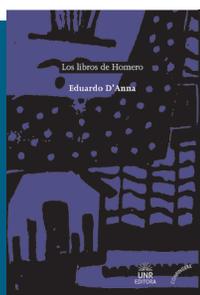


Colección comunicación lenguajes cultura

En los libros de esta serie resuenan sus legados para interrogar críticamente las representaciones y los imaginarios de nuestra contemporaneidad desde una perspectiva multidisciplinar.

Colección Cuenta Ciencia

Esta serie propone el abordaje de temas relacionados con las ciencias de la salud a partir de historias, preguntas y respuestas sencillas a profesionales y actividades lúdicas para los más chicos.



Colección Configere

La literatura es también una manera de leer el mundo en el que vivimos. Los libros de esta colección dibujan un mapa en el que aparecen coloreadas las calles que solemos pisar, los lugares que frecuentamos; son relatos que nos devuelven una imagen para nuestro lenguaje.

PUNTOS DE VENTA UNR EDITORA

Librería Universitaria Maipú 1065 · Stand UNR editora Córdoba y Corrientes · UNR editora Urquiza 2050

LIBRERÍAS DE ROSARIO

Mandrake Rioja 1869 · Oliva Entre Ríos 579 · El juguete rabioso Mendoza 784 ·
El halcón maltés Córdoba 1641 Local 205 / Mendoza 1438 · Mal de archivo Moreno 477 · Paradoxa Mendoza 823 ·
Amauta Entre Ríos 548 local 3 · Argonautas Rioja 725 · Buchin Entre Ríos 735 · Homo Sapiens Sarmiento 829 ·
Puerto Libros Corrientes 857 · Arde libros Sarmiento 783 – Local 13 · Oslo Urquiza 1035 Local 3



OTRA MÚSICA

León Ferrari

Curaduría:
Natalia Revale - Javier del Olmo

Inauguración miércoles 1 de abril 19hs.

Hasta el viernes 29 de mayo, de lunes a viernes de 09.00 a 19.00 hs. Espacio Multicultural, Italia 646. Rosario

ORGANIZA



Mutua
del Personal
GRUPO SAN CRISTÓBAL

INVITA



San Cristóbal
SEGUROS

80 ANIVERSARIO

AUSPICIA

GRUPO
SAN
CRISTÓBAL

